

Étienne de La Boétie

# DISCURSO

*de la servidumbre voluntaria*



*Nueva traducción de Luis Casado*



**colección**



**erga omnes**

Étienne de La Boétie  
Discurso de la servidumbre voluntaria  
*Nueva traducción de Luis Casado*  
The Glocal Workshop/El Taller Glocal, 2022  
64 páginas  
ISBN 978-9938-862-20-1

*Palabras clave:* Absolutismo, Derecho a la insurrección, Desobediencia civil, Filosofía política, Libertad, Tiranía

©The Glocal Workshop/L'Atelier Glocal  
<https://faustotounsi.substack.com/s/the-glocal-workshop-latelier-el-taller>

Étienne de La Boétie

## Discurso de la servidumbre voluntaria

*Nueva traducción de Luis Casado*

- *Prólogo de Reinaldo Spitaletta*
- **“Resistir en una época oscura”**  
*Entrevista a Miguel Benasayag*

The Glocal Workshop/El Taller Glocal

## Prólogo

### **La Boétie y su alegato por la libertad**

*por Reinaldo Spitaletta*

¿Qué mecanismos del poder o de la sumisión son los que conducen a una esclavitud voluntaria, a un proceso de sometimiento en el que se ciegan la razón y la dignidad? ¿La costumbre de la obediencia puede suponer una estructura en la que el que manda es intocable y puede ser visto como objeto amado y el que recibe las órdenes es solo un cumplidor de las mismas? El poder, según los tiempos y las filosofías, puede derivar de la divinidad, como una transferencia única hacia un elegido, o como la conquista de un individuo o grupo o una porción de la sociedad para ejercitarlo sobre los otros a quienes solo les queda como opción vital la obediencia, o, en otros términos, la relegación de su inteligencia (que se niega) y una actitud servil.

¿De dónde procede la situación, tal vez absurda, menos correspondiente a la racionalidad que a los instintos y la negación de las facultades que, como una brújula, señalan el norte de la libertad, que divide al hombre en mandador y mandado, en sometedor y sometido? El *Discurso de la servidumbre voluntaria*, escrito por Étienne de La Boétie cuando tenía 18 años (1548), en las calendas humanistas del Renacimiento, pero también en días de absolutismos y negaciones de la libertad individual, es, más de quinientos años después de su emancipadora concepción, una portentosa luz frente a las distintas tinieblas que someten al hombre contemporáneo y lo ponen, en una postmodernidad sin grandes relatos revolucionarios, en la palestra de las sumisiones mediante el mercado y el consumo.

En menos de quince mil palabras, el joven francés que tenía honda erudición acerca de los antiguos griegos y latinos, logró penetrar en la condición del amo y del siervo, del encadenador y del esclavo, como si tuviera un bisturí de la razón. Y detectó en su análisis una suerte de embrujo, de efluvio poderoso que, desde el señor feudal, el patrón, el tirano, en fin, surge como una sutil presencia, inexplicable, que parece hipnotizar, idiotizar, malograr los razonamientos y poner al sometido como un hechizado por la tornillería alucinatoria del poder.

¿Está el hombre obligado a obedecer? ¿Por qué hay que someterse a lo que podría ser una especie de comodidad del no pensar, del no reaccionar? ¿Por qué prosternarse ante un hombrecillo, ni siquiera un Hércules ni un Sansón, como lo advierte La Boétie, que nunca husmeó las pólvoras de la batalla y solo es como una versión del monigote? En su ensayo, publicado gracias a los buenos oficios de su mentor, el inventor del género, Michel de Montaigne, el joven pensador se interroga acerca de la legitimidad de la autoridad, cualquiera que esta sea, sobre el pueblo, sobre los que en apariencia solo existen para obedecer.

La vigente obra de quien fue magistrado en Burdeos hace varias centurias, es un alegato contra la sumisión y el avasallamiento, y, además, por el reconocimiento y valoración de una categoría fundamental de la racionalidad: la libertad, a quien él llama “íese bien tan grande y delicioso!”. El breve e intenso tratado que encarna aspectos de la voluntad y la implantación de cadenas sobre las ganas de ser libres, es un canto que enseña las gracias y los gustos que tiene la libertad. Solo que hay que reconocer las cadenas y tener las ganas de romperlas, como hace siglos lo hizo Espartaco.

Reinaldo Spitaletta

*Profesor, escritor, columnista*

Medellín, Colombia

“No es bueno tener varios amos; tengamos solo uno; Que solo uno sea el amo, que solo uno sea el rey”.

He ahí lo que, según Homero<sup>1</sup>, declaró Ulises públicamente.

Si solo hubiese dicho: “No es bueno tener varios amos”, hubiese bastado. Pero en lugar de deducir que el imperio de varios no puede ser bueno, puesto que el poder de uno solo, apenas toma este título de amo ya es duro y desrazonable, agregó por el contrario: “Que sólo uno sea el amo, que sólo uno sea el rey.”

Tal vez haya que excusar a Ulises por expresarse de ese modo, que en ese entonces le era útil para apaciguar la revuelta del ejército, adaptando más su discurso, creo yo, a las circunstancias que a la verdad.

Bien pensado, es una desgracia extrema el estar sometido a un amo de cuya bondad nunca se está seguro y que siempre tiene el poder de ser malvado cuando quiera. Ahora bien, obedecerle a varios, equivale a ser extremadamente desgraciado otras tantas veces.

No quiero debatir aquí de la cuestión tantas veces agitada, la de saber “si otras formas de república son mejores que la monarquía”.

Si tuviese que debatir de ella, antes de buscar qué rango debe ocupar la monarquía entre los diversos modos de gobernar la cosa pública, preguntaría si debemos acordarle alguno puesto que es difícil creer que haya nada de público en este gobierno en el que todo le pertenece solo a uno.

Reservemos para otros tiempos esta cuestión que bien merecería un tratado aparte y que provocaría todas las disputas políticas.

Por el momento solo quisiera comprender cómo es posible que tantos hombres, tantas aldeas, tantas ciudades, tantas naciones, soporten a veces un tirano aislado que no tiene sino el poder que

---

<sup>1</sup> Homero: la *Iliada*, II, 204-205. Estos versos eran frecuentemente evocados en los debates políticos.

ellos le dan, que solo puede dañarles en la medida que quieran soportarlo, y que no podría hacerles ningún mal si no prefiriesen aceptarle todo antes que contradecirlo.

Cosa realmente sorprendente -y no obstante tan común que hay que sollozar en vez de maravillarse-, de ver un millón de hombres miserablemente dominados, la cabeza bajo el yugo, no porque estén obligados por una fuerza mayor, sino porque están fascinados y por así decirlo embrujados por el nombre de uno que no debiesen temer porque está solo, ni amar porque es inhumano y cruel hacia todos ellos.

Tal es sin embargo la debilidad de los hombres: obligados a la obediencia, obligados a temporizar, no siempre pueden ser los más fuertes. Si una nación, obligada por la fuerza de las armas, está sometida al poder de uno solo -como lo fue la polis de Atenas durante la dominación de los treinta tiranos<sup>2</sup>-, no hay que sorprenderse de su servidumbre sino deplorarla. O más bien, ni sorprenderse ni lamentarse, sino soportar la desgracia con paciencia y reservarse para un futuro mejor.

Estamos hechos de tal modo que los deberes comunes de la amistad absorben una buena parte de nuestra vida. Es razonable amar la virtud, estimar las bellas acciones, estar agradecidos de los beneficios recibidos y reducir a menudo nuestro propio bienestar para acrecentar el honor y la ventaja de aquellos que amamos y que merecen ser amados.

Si los habitantes de un país encuentran entre ellos uno de esos raros hombres capaces de dar pruebas de una gran solicitud para protegerles, de una gran osadía para defenderles, de una gran prudencia para gobernarles; si a la larga se habitúan a obedecerle y a fiarse de él hasta acordarle una cierta supremacía, no sé si fuese sabio quitarle de allí donde hacía el bien para situarle donde pudiese hacer el mal: en efecto, parece natural dar prueba de

---

<sup>2</sup> Étienne de La Boétie hace alusión al gobierno de los treinta oligarcas que los espartanos, vencedores de la guerra del Peloponeso, le impusieron a los atenienses en el año 404 a.n.e.

bondad hacia quién nos ha procurado el bien, y no temer de él ningún mal.

Pero, ¡Oh dios mío!, ¿Qué es esto? ¿Cómo llamaremos esta desgracia? ¿Cuál es este vicio, este vicio horrible de ver un número infinito de hombres, no sólo obedecer sino servir, no ser gobernados sino tiranizados, sin tener ni bienes, ni padres, ni hijos, ni siquiera su propia vida que sean suyos?

Verles sufrir las rapiñas, los abusos, las crueldades, no de un ejército, no de un campo bárbaro contra los cuales cada uno debería defender su sangre y su vida, isino de uno solo!

No de un Hércules o de un Sansón, sino de un hombrecillo<sup>3</sup>, a menudo el más cobarde, el más afeminado de la nación, que nunca husmeó la pólvora de las batallas ni pisó la arena de los torneos, que no solo es inapto para el mando de los hombres, isino ni siquiera para satisfacer la más insignificante mujercilla!

¿Llamaremos a eso cobardía? ¿Llamaremos viles y cobardes a esos hombres sometidos? Si dos, si tres, si cuatro ceden ante uno solo, es insólito, pero sin embargo posible; se pudiera decir tal vez con razón: es falta de corazón. Pero si cien, si mil sufren la opresión de uno solo, ¿diremos aún que no osan culparle, o que no desean culparle, y que no se trata de cobardía sino más bien de desprecio o de desdén<sup>4</sup>

En fin, si vemos no cien, no mil hombres, sino cien terruños, mil ciudades, un millón de hombres, abstenerse de atacar aquel que les trata a todos como si fuesen siervos y esclavos, ¿cómo calificaremos aquello? ¿Es cobardía?

Sin embargo todos los vicios tienen límites que los hombres no pueden sobrepasar. Dos hombres, e incluso diez, pueden muy bien temer a uno; pero que mil, un millón, mil ciudades no

---

<sup>3</sup> El autor refuerza la desproporción con relación a las fuerzas reales evocadas previamente: campo bárbaro, ejército, Hércules, Sansón.

<sup>4</sup> El desprecio o el desdén son motivos de gentilhomme para rehusar el combate.

se defiendan contra uno solo, eso no es cobardía: la cobardía no va tan lejos, del mismo modo que la valentía no exige que un hombre solo escale una fortaleza, ataque un ejército, conquiste un reino.

¿Qué vicio monstruoso es este, que no merece ni siquiera el título de cobardía, que no encuentra un nombre bastante feo, que la naturaleza niega y que la lengua rehúsa nombrar?

Póngase frente a frente cincuenta mil hombres armados; que se les forme para la batalla, y que peleen; unos, libres, combaten por su libertad, los otros para quitársela. ¿A quién le promete usted la victoria?

¿Cuales irán más valientemente al combate: aquellos que esperan por recompensa el conservar su libertad, o aquellos que no esperan por salario de los golpes que dan y que reciben sino la servidumbre del prójimo?

Unos tienen aún ante sus ojos la felicidad de su vida pasada y esperan un bienestar igual en el futuro. Piensan menos en lo que aguantan el tiempo que dura la batalla que en lo que aguantarían, vencidos, ellos, sus hijos y toda su posteridad.

Los otros no tienen por aguijón sino la miserable codicia que se embota de repente ante el peligro, y cuyo ardor se apaga en la sangre de la primera herida.

En las tan renombradas batallas de Miltiades, de Leónidas y de Temístocles, -que aun cuando datan de dos mil años viven los hombres como si hubiesen sido libradas ayer-, en Grecia, por el bien de los griegos y para ejemplo del mundo entero, ¿qué es lo que le dio a un número tan reducido de griegos, no el poder, sino el coraje de soportar la fuerza de tantos navíos que el mismo mar no tenía cabida para ellos, de vencer a naciones tan numerosas que todos los soldados griegos juntos no habrían suministrado bastantes capitanes a los ejércitos enemigos?

En esas jornadas gloriosas, fue menos la batalla de los griegos contra los persas que la victoria de la libertad sobre la dominación, el triunfo de la liberación sobre la codicia.

¡Son verdaderamente extraordinarios los relatos de la valentía que la libertad pone en el corazón de aquellos que la defienden!

Pero lo que ocurre en todas partes y todos los días: que un hombre solo oprima a cien mil y los prive de su libertad, ¿quién pudiese creerlo si se limitase a escucharlo y no lo viese?

Y si solo ocurriese en países extranjeros, en tierras lejanas, y que viniesen a contárnoslo, ¿quién no creería que ese relato es una pura invención?

Ahora bien, ese tirano solo, no hace falta ni combatirlo ni matarlo. Cae por su propio peso si el país rehúsa la servidumbre. No se trata de quitarle nada, sino de no darle nada. No es necesario que el país haga el sacrificio de hacer algo por sí mismo, con tal de que no haga nada contra sí mismo. Son pues los pueblos mismos los que se dejan, o más bien que se hacen maltratar, puesto que serían libres con solo dejar de consentir.

Es el pueblo el que se avasalla y se corta el cuello; el que, pudiendo elegir entre la sumisión y la libertad, rechaza la libertad y toma el yugo<sup>5</sup> es el pueblo el que consiente a su mal, o más bien el que lo busca... Si le costase algo recobrar su libertad, no lo induciría a hacerlo; aun cuando recuperar sus derechos naturales debiese serle lo máspreciado y, por decirlo así, dejar el estado de bestia para volver a ser Hombre.

Mas ni siquiera espero de él tanta osadía; admito que prefiere no sé qué seguridad de vivir miserablemente a la esperanza dudosa de vivir como quisiera. ¡Pero qué! Si para tener la libertad basta con desearla, si basta con la voluntad, ¿encontraremos una sola

---

<sup>5</sup> Una variante agrega: "...toma el yugo, y pudiendo vivir bajo las buenas leyes de los Estados, quiere vivir bajo la iniquidad, bajo la opresión y la injusticia, a la voluntad del tirano; es el pueblo el que consiente..." (variante de 1574)

nación en el mundo que crea pagarla demasiado cara al adquirirla por un simple deseo? ¿Y qué lamentase su voluntad de recuperar un bien que debiese rescatar al precio de su sangre, y cuya pérdida le hace a todo hombre de honor la vida amarga y la muerte placentera<sup>6</sup>?

Como el fuego de una chispa crece y se refuerza siempre, y mientras más leña encuentra para quemar más se consume terminando por apagarse a sí misma cuando cesamos de alimentarla, del mismo modo, mientras más roban los tiranos, mas exigen; Mientras más arruinan y destruyen, más les damos, más les servimos. Y tanto más se fortalecen, tanto más prestos y ágiles se ponen para exterminarlo todo, destruirlo todo. Pero si no les suministramos nada, si no les obedecemos, sin combatirles, sin golpearles, se quedan desnudos y derrotados y ya no son nada, como la rama, que sin savia ni alimento en su raíz, se seca y muere.

Para adquirir el bien que desea, el hombre osado no teme ningún peligro, el hombre curtido no ceja ante ningún esfuerzo. Solo los cobardes y los aletargados no saben ni aguantar el mal, ni obtener el bien que se limitan a desear. La energía para alcanzarlo les es arrebatada por su propia cobardía; solo les queda el apetito natural de poseerlo. Este deseo, esta voluntad común a los sabios y a los imprudentes, a los valientes y a los cobardes, les hace desear todas las cosas cuya posesión les haría dichosos y felices.

Hay una sola cosa que los hombres, no sé por qué razón, no tienen la fuerza de desear: la libertad, íese bien tan grande y delicioso!

Apenas se la pierde, llegan todos los males y sin ella todos los otros bienes, corrompidos por la servidumbre, pierden todo su gusto, todo su sabor.

---

<sup>6</sup> Étienne de La Boétie comparte esta idea tan preciada para Montaigne en sus *Ensayos*, que la muerte es preferible al deshonor. El texto de los Ensayos hace referencia a los valores espartanos así como al discurso de Sócrates ante sus jueces. Platón, en *Fedón* y en la *Apología de Sócrates*, también hace referencia a esta idea.

Tal parece que los hombres desdeñan la libertad únicamente porque si la deseasen, la tendrían; como si rehusasen hacer esta preciosa adquisición<sup>7</sup> porque es demasiado fácil.

¡Pobres gentes miserables, pueblos insensatos, naciones obstinadas en su mal y ciegas a su bien!

¡Os dejáis arrebatarse bajo vuestros ojos la más bella y la más luminosa de vuestras riquezas, os dejáis devastar vuestros campos, os dejáis robar y despojar vuestros hogares de los antiguos muebles de vuestros ancestros!<sup>8</sup>

Vivís de tal manera que ya nada os pertenece. Parece que en adelante miraríais como una gran felicidad que os dejasen solo la mitad de vuestros bienes, de vuestras familias, de vuestras vidas.

Y todos estos daños, estas desgracias, esta ruina, no os vienen de los enemigos, sino del enemigo, ese mismo del cual habéis hecho lo que es, de aquel por el cual vais tan valientemente a la guerra, y por la grandeza del cual no rehusáis de ofrecer vosotros mismos a la muerte.

Sin embargo, ese amo no tiene sino dos ojos, dos manos, un cuerpo, y nada que no tenga el último habitante del incontable número de vuestras aldeas. Lo que tiene de más<sup>9</sup> son los medios que vosotros le suministráis para destruirlos. ¿De dónde saca los ojos que os espían, si no es de vosotros mismos? ¿De dónde saca tantas manos para golpearnos si no os las pide prestadas a vosotros mismos?

---

<sup>7</sup> La expresión utilizada por La Boétie hace referencia al término jurídico “bienes gananciales”, algo que se adquiere en común, en un matrimonio, por ejemplo, y que sigue siendo propiedad común, por oposición a los bienes propios que cada uno posee por sí solo. El término tiene importancia porque la libertad solo puede adquirirse en común, y que ella es el fruto de una voluntad activa y colectiva.

<sup>8</sup> A partir de este párrafo La Boétie deja la forma impersonal y adopta el “vosotros”.

<sup>9</sup> “Lo que tiene de más que todos vosotros es un corazón desleal, felón, y los medios...” (variante de 1574)

Los pies con que pisotea vuestras ciudades, ¿no son también los vuestros?<sup>10</sup> ¿Tiene poder sobre vosotros que no venga de vosotros mismos? ¿Cómo osaría agrediros si no tuviese vuestro consentimiento? ¿Qué mal podría haceros si no fuéis los encubridores del ladrón que os despoja, los cómplices del asesino que os mata, los traidores de vosotros mismos?

Sembráis vuestros campos para que los devaste, amuebláis y llenáis vuestras casas para atraer sus pillajes, criáis vuestras hijas para que satisfaga su lujuria, alimentáis vuestros hijos para darle soldados, para que los lleve a la guerra, a la carnicería, para que haga de ellos los ministros de sus apetitos y los ejecutores de sus venganzas<sup>11</sup>.

Os agotáis en el esfuerzo para que pueda mimarse en sus delicias y revolcarse en sus sucios placeres. Os debilitáis para hacerle más fuerte y que os tenga, brutalmente, la brida más corta. Y de tantas indignidades, que ni las mismas bestias soportarían si las sintiesen, podríais liberaros si solo intentaseis, no digo sacudiros, sino pretenderlo.

Resolveos a dejar de servir y seréis libres. No os pido empujarle, ni sacudirle, sino apenas dejar de apoyarle y le veréis derrumbarse bajo su peso y despedazarse como un coloso del cual se ha roto el pedestal.

Los médicos aconsejan, muy justamente, no intentar curar las heridas incurables y quizás me equivoco al querer exhortar así a un pueblo que parece haber perdido hace ya mucho tiempo toda consciencia de su mal, lo que prueba fehacientemente que su enfermedad es mortal.

Probemos a comprender entonces, si fuese posible, cómo esta obstinada voluntad de servir ha podido enraizarse tan

---

<sup>10</sup> Se reconocen aquí Los adagios sobre el tirano (1511) de Erasmo, un texto inspirador para La Boétie.

<sup>11</sup> “...venganzas, y verdugos de las consciencias de vuestros conciudadanos” (variante de 1574).

hondamente que se creyese que el amor de la libertad no es natural.

Está más allá de toda duda, me parece, que si viviésemos con los derechos que nos dispensa la naturaleza y según los preceptos que ella nos enseña, estaríamos naturalmente sometidos a nuestros padres, súbditos de la razón, sin ser esclavos de nadie.

Cada uno de nosotros reconoce en sí mismo, naturalmente, el impulso de obediencia hacia padre y madre. En cuanto a saber si en nosotros la razón es innata o no -cuestión ampliamente debatida por los académicos<sup>12</sup> y agitada por toda la escuela de los filósofos-, no creo errar al decir que hay en el alma nuestra un germen natural de razón.

Desarrollado por los buenos consejos y los buenos ejemplos, este germen se despliega en virtud, pero a menudo aborta, ahogado por los vicios que aparecen. Lo que hay de claro y evidente, que nadie puede ignorar, es que la naturaleza, ministro de Dios y tutora de los hombres, a todos nos ha creado y moldeados en el mismo molde, para mostrarnos que todos somos iguales, o más bien hermanos.

Y si en la repartición que ha hecho de sus dones prodigó algunas ventajas de cuerpo o de espíritu a unos más que a otros, no ha querido sin embargo ponernos en este mundo como sobre un campo de batalla, y no ha enviado a la tierra a los más fuertes, o más hábiles, como rufianes armados en la selva a maltratar a los más débiles.

Aceptemos más bien que otorgando partes más grandes a los unos y más pequeñas a los otros, quiso hacer nacer en ellos la afección fraternal y darles la ocasión de practicarla puesto que los unos

---

<sup>12</sup> Se trata de los escépticos de la escuela de Arcesilas (315-240 a.n.e.) que se reconocían en Platón.

tienen el poder de socorrer mientras los otros necesitan ser socorridos.

Puesto que esta buena madre nos dio a todos la tierra por morada, puesto que nos alojó a todos en la misma casa, nos forjó a todos en el mismo modelo para que cada uno pudiese mirarse y reconocerse en el otro como en un espejo, puesto que nos dio a todos el bello regalo de la voz y de la palabra para que nos encontrásemos y fraternizásemos, y para producir por la comunicación y el intercambio de nuestros pensamientos la comunión de nuestras voluntades; puesto que buscó por todos los medios hacer y estrechar el lazo de nuestra alianza, de nuestra sociedad, puesto que mostró en cada cosa que nos quería no solamente unidos sino tales como un ser único<sup>13</sup>, ¿cómo dudar entonces que no seamos naturalmente libres puesto que somos todos iguales?

No puede entrar en el espíritu de nadie la idea que la naturaleza haya puesto a alguien en situación de servidumbre, puesto que nos hizo a todos compañeros.

A decir verdad, es muy inútil preguntarse si la libertad es natural visto que no se puede mantener a nadie en la servidumbre sin dañarle: no hay nada en el mundo más contrario a la naturaleza, -tan razonable-, como la injusticia. La libertad es pues natural; razón por la cual a mi juicio no solo nacimos con ella sino también con la pasión de defenderla.

Y si por azar hay quienes aún duden de ello -envilecidos al punto de no reconocer sus dones ni sus pasiones nativas-, tendré que rendirles el honor que se merecen poniendo las bestias por maestro para que aprendan de ellas su naturaleza y condición.

---

<sup>13</sup> Como un ser único, todos uno: haciendo parte de una misma unidad, de un solo género, el género humano. El autor distingue, asociándolos, la unión de los hombres entre ellos, y la unidad de todos que garantiza una pertenencia común. Los dos aspectos sellan la fraternidad y hacen inepta toda idea de avasallamiento del hombre por el hombre.

Las bestias, Dios me ayude, si los hombres escucharlas, les gritan: “¡Viva la libertad!”

Muchas de ellas mueren apenas se las atrapa. Como el pez que pierde la vida al dejar el agua, se dejan morir para no sobrevivir a su libertad natural. Si los animales tuviesen entre ellos alguna preeminencia, harían de esa libertad su título de nobleza. Otras bestias, de las más grandes a las más pequeñas, cuando se las captura resisten fieramente conuñas, cuernos, picos y pezuñas demostrando así el valor que le dan a la libertad que pierden.

Una vez en cautiverio nos dan tantos signos evidentes de la consciencia de su desgracia que se les ve languidecer en vez de vivir, llorar su felicidad perdida en vez de complacerse en la esclavitud.

¿Qué quiere decir el elefante que se defendió hasta el final, ya sin esperanza, a punto de ser capturado, cuando hunde sus quijadas y quiebra sus colmillos contra los árboles, si no es que su deseo de permanecer libre lo conduce a negociar con los cazadores: a ver si pagando el precio de sus dientes y dejando su marfil como rescate podrá recobrar su libertad?

Desde su nacimiento acariciamos al caballo para habituarlo a servir. Pero nuestras caricias no le impiden morder el freno ni cocear bajo la espuela cuando se le quiere amansar. De ese modo, me parece, da testimonio de que no sirve por voluntad propia sino por obligación. ¿Qué más decir?

*Incluso los bueyes, bajo el yugo, gimen, y los pájaros enjaulados se lamentan.*

Ya lo dije alguna vez en versos, cuando me consagraba a nuestras rimas francesas –porque no temería, escribiendo para ti Oh! Longa<sup>14</sup>, mezclar allí mis versos que no te leo jamás sin sentir un gran orgullo por la aparente alegría que te procuran.

---

<sup>14</sup> Guillaume de Lur, Señor de Longa, a quién La Boétie dedica el Discurso, había sido el predecesor del autor en el Parlamento de Burdeos.

Así pues, si todo ser provisto de sentimientos siente la desgracia del sometimiento y corre tras la libertad; si las bestias, aun habituadas al servicio del hombre, no pueden someterse sino después de haber manifestado un deseo contrario, ¿qué desgracia pudo desnaturalizar al hombre -único ser realmente nacido para vivir libre- al punto de hacerle perder hasta el recuerdo de su estado primitivo y el deseo de recobrarlo?

Hay tres suertes de tirano. Unos gobiernan por elección del pueblo, otros por la fuerza de las armas, los últimos por sucesión hereditaria. Aquellos que obtuvieron el poder por medio de la guerra se comportan, justamente, como en país sometido.

Aquellos que nacen reyes por lo general no son mejores. Nacidos y criados en el seno de la tiranía, maman con la leche materna la naturaleza del tirano y ven los pueblos que les están sometidos como siervos hereditarios. Según su inclinación dominante -avaros o pródigos-, usan del reino como de su patrimonio.

En cuanto al que tiene su poder del pueblo, parece que debiese ser más soportable; lo sería, me parece, si desde que se ve elevado por encima de los otros, halagado por no sé qué grandeza, decidiese parar allí. Pero considera casi siempre el poder que le ha confiado el pueblo como si fuese transmisible a sus hijos. Ahora bien, en cuanto estos adoptan esa opinión, es curioso ver como sobrepasan en toda suerte de vicios, e incluso en crueldades, a todos los otros tiranos. No encuentran mejor medio para asegurar su nueva tiranía que el de reforzar la sumisión y alejar tanto las ideas de libertad del espíritu de sus vasallos que, por reciente que sea el recuerdo, muy pronto se borra de su memoria.

A decir verdad, hay algunas diferencias entre estos tiranos, pero por decisión mía no veo ninguna: porque si llegan al trono por medios diferentes, su modo de reinar es siempre más o menos el mismo. Aquellos que son elegidos por el pueblo lo tratan como un toro que hay que someter, los jefes de guerra como su presa, y los sucesores hereditarios como una manada de esclavos que les pertenece por derecho propio.

Haré una pregunta: si por azar llegasen hoy algunos individuos vírgenes de toda experiencia, ni acostumbrados al sometimiento, ni engolosinados con la libertad, ignorantes hasta del nombre del uno y de la otra, y que se les propusiese ser vasallos o vivir libres, ¿cuál sería su elección?

Sin lugar a dudas preferirían de lejos obedecerle solo a la razón antes que servirle a un hombre, a menos que no fuesen como esas gentes de Israel<sup>15</sup> que sin necesidad ni obligación se entregaron a un tirano. Nunca leo su historia sin sentir una desazón extrema que por poco me llevaría a ser inhumano, hasta alegrarme de todos los males que les ocurrieron.

Porque para que los hombres, en tanto son hombres, se dejen someter, debe darse una de dos cosas: o bien que se vean obligados, o bien que sean engañados. Obligados por las armas extranjeras como lo fueron Esparta y Atenas por las de Alejandro<sup>16</sup>, o engañado por los clanes como lo fue el gobierno de Atenas<sup>17</sup>, caído ya entre las manos de Pisístrato<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> Saúl: primer libro de Samuel, cap. VIII. Este pasaje es frecuentemente citado en la literatura política. Es la única alusión bíblica en el Discurso. Étienne de La Boétie compartía las reservas de Montaigne con relación al empleo de la Biblia (Ensayos, I. “De los rezos”).

<sup>16</sup> Se trata de Alejandro III, el Grande, rey de Macedonia de 336 a 323 a.n.e., que reprimió desde el inicio de su reinado una rebelión de los griegos por medio de la fuerza y la crueldad. Enseguida siguió su plan de rodeo metódico del Mediterráneo oriental y sometió con sus expediciones y sus conquistas a los pueblos y las ciudades de Macedonia, Grecia, Egipto, Persia, hasta las riberas del Indus.

<sup>17</sup> Dos siglos antes de Alejandro.

<sup>18</sup> Su biografía está mezclada de leyendas. Primero derrotó a los Megarianos y se hizo jefe del partido de las montañas compuesto de pastores y leñadores. Obtuvo, a pesar de Solón que tenía la dictadura, una guardia personal y gracias a ella logró, en 560 a.n.e., apoderarse de la Acrópolis y del poder que conservó, a la excepción de uno o dos períodos de exilio, recurriendo a la fuerza o aprovechando las disensiones de sus enemigos.

Pierden toda libertad al ser engañados, pero se engañan a sí mismos más frecuentemente de lo que se dejan engañar por el prójimo.

Así, el pueblo de Siracusa, capital de Sicilia, presionado por las guerras y pensando solo en el peligro del momento, eligió a Dionisio<sup>19</sup> y le dio el mando del ejército. Sin reparar en que lo había hecho tan poderoso que cuando regresó victorioso, como si hubiese vencido a sus conciudadanos en vez de sus enemigos, se hizo primero capitán, luego rey, y finalmente tirano.

Es increíble ver como el pueblo, apenas se le somete, cae repentinamente en un olvido tan profundo de su libertad que le es imposible despertarse para reconquistarla: sirve tan bien y de tan buen grado, que al verlo se diría que perdió no solo su libertad, sino que al mismo tiempo ganó su servidumbre.

Es verdad que al principio se sirve obligado y vencido por la fuerza; pero quienes vienen después<sup>20</sup> sirven sin pesar y hacen de buena gana lo que sus predecesores habían hecho a la fuerza. Los hombres nacidos bajo el yugo, criados en la servidumbre, sin mirar más allá, se contentan con vivir como nacieron y no imaginan tener otros bienes ni otros derechos que aquellos que encontraron al nacer; toman por estado natural el estado de su nacimiento.

Sin embargo no hay heredero, por pródigo o indolente que sea, que no mire un día los archivos de su padre para ver si obtuvo todos los derechos de su sucesión y si no hubo algún daño contra él mismo o su predecesor. Pero la costumbre, que ejerce sobre nosotros tanta influencia en todo, tiene el poder de

---

<sup>19</sup> Tirano de la colonia griega de Siracusa (431- 367 a.n.e.). Es conocido por haber puesto en escena, como lo hizo Pisístrato, un falso atentado contra él mismo que le permitió obtener seiscientos, luego mil, guardias personales.

<sup>20</sup> “...después, no habiendo conocido jamás la libertad y no sabiendo lo que es, sirven...” (variante en las versiones 1577-1578).

enseñarnos a servir y, -como se cuenta de Mitridato<sup>21</sup>, que terminó por habituarse al veneno-, el de enseñarnos a tragar el veneno de la servidumbre sin encontrarlo amargo.

No hay duda de que la naturaleza nos conduce, en mejor o peor situación, allí donde quiere, pero hay que confesar que tiene menos poder sobre nosotros que la costumbre.

Por muy bueno que sea lo natural, se pierde si no se le cultiva, y la costumbre nos modela siempre a su manera, a pesar de la naturaleza.

Las semillas de bien que la naturaleza pone en nosotros son tan menudas y frágiles que no resisten el menor tropiezo con una costumbre contraria. Son más fáciles de envilecer que de cultivar, e incluso degeneran como esos árboles frutales que conservan los caracteres de su especie mientras se les deja crecer, pero que los pierden para dar frutos diferentes a los suyos según como se les injerte.

También las hierbas tienen cada una su propiedad, su naturaleza, su singularidad; sin embargo la duración, las intemperies, el suelo o la mano del jardinero aumentan o disminuyen grandemente sus virtudes. La planta que vimos en un país suele no ser reconocible en otro.

Aquel que viese a los venecianos<sup>22</sup>, un puñado de gentes viviendo tan libremente que el más miserable de ellos no quisiera ser rey, nacidos y criados de modo que no conocen otra ambición que la de proteger su libertad, educados y formados desde la cuna de manera que no cambiarían una pizca de su libertad por toda la felicidad de la tierra... Aquel, digo, que viese esas personas y luego fuese a las tierras del que llamamos “Gran

---

<sup>21</sup> Mitridato se habituó a beber veneno, tomando antídotos. Montaigne también cita este ejemplo para demostrar la fuerza de la costumbre en sus *Ensayos* (I, 23).

<sup>22</sup> La república de Venecia constituye un ejemplo, incluso un mito político, al punto que Montaigne dice de su amigo La Boétie que él “habría preferido nacer en Venecia que en Sarlat; y con razón”. (*Ensayos* I, 28 “De la amistad”).

Señor”<sup>23</sup> para allí descubrir gentes que no nacieron sino para servirlo y que abandonan su propia vida para mantener su poderío, ¿pensaría que estos dos pueblos son de misma naturaleza? ¿O no creería más bien que al salir de una ciudad de hombres entró en un parque de animales?

Se cuenta que Licurgo<sup>24</sup>, el legislador de Esparta, crió dos perros de la misma camada, amamantados con la misma leche. Uno engordó en la cocina, el otro se habituó a correr por los campos al son de la trompeta y del cuerno. Queriendo mostrarles a los lacedemonios que los hombres son como la cultura les ha hecho, expuso los dos perros en la plaza pública y puso entre ellos una sopa y una liebre. Uno corrió al plato, el otro a la liebre. Y no obstante, dijo, ison hermanos!<sup>25</sup>

Licurgo, con sus leyes y su arte político, educó y formó tan bien a los lacedemonios que cada uno de ellos prefería sufrir mil muertes a someterse a un amo que no fuese la ley y la razón.

A este punto recuerdo con placer una anécdota relativa a uno de los favoritos de Jerjes, gran rey de Persia, y a dos espartanos. Cuando Jerjes hacía sus preparativos de guerra para conquistar Grecia, envió sus embajadores a varias ciudades de ese país para pedir agua y tierra: era la manera que tenían los persas de conminar las ciudades a rendirse. Se cuidó mucho de no enviar ni a Esparta ni a Atenas porque los espartanos y los atenienses, -a los cuales Darío, su padre, les había enviado los suyos años antes-, les habían arrojado a las fosas y a los pozos diciéndoles: “Tomad el agua y la tierra y llevadla a vuestro príncipe”. Esas gentes no

---

<sup>23</sup> Se trata del sultán de Turquía: el imperio otomano era tenido en el siglo XVI por el modelo del despotismo por excelencia.

<sup>24</sup> Plutarco, en su texto *Moralia*, y Joachim Du Bellay en su *Ample discours au Roy*, cuentan igualmente esta anécdota; Montaigne comparte también esta admiración por Licurgo y su nación “tan grande, tan admirable y tanto tiempo floreciente en virtud y felicidad” (*Apología de Raimond Sebond, Ensayos II, 12*)

<sup>25</sup> Esta anécdota figura en las *Historias* de Heródoto, VII, 133-136.

podían soportar que, ni siquiera en palabra, se atentase a su libertad.

Los espartanos reconocieron que al actuar de ese modo habían ofendido a los dioses, y sobre todo a Taltibio, dios de los heraldos. De modo que para aplacarlos resolvieron enviarle a Jerjes dos de sus conciudadanos a fin de que, pudiendo disponer de ellos a su voluntad, pudiese vengarse en ellos del asesinato de los embajadores de su padre.

Dos espartanos, uno llamado Sperties y el otro Bulis, se ofrecieron como víctimas voluntarias. Y partieron. Llegados al palacio de un persa llamado Hidarnes, segundo del rey para todas las ciudades de Asia situadas en la costa marítima, este les recibió muy honorablemente, les ofreció banquetes y, en el curso de la conversación, les pregunto por qué rechazaban la amistad del rey tan radicalmente. “Espartanos, les dijo, ved por mi ejemplo cómo el Rey sabe honrar a aquellos que lo merecen. Creed que si estuviéseis a su servicio y que os conociese, seríais ambos gobernadores de alguna ciudad griega”.

Los lacedemonios respondieron: “En esto, Hidarnes, tú no puedes darnos un buen consejo; porque si tú has probado la felicidad que nos prometes, ignoras completamente aquella de la que NOSOTROS gozamos. Tú has probado la consideración del rey, pero tú no sabes qué delicioso gusto tiene la libertad. Ahora bien, si solo la hubieses probado, nos aconsejarías defenderla no solo con la lanza y el escudo, sino con dientes y muelas”.

Solo los espartanos decían la verdad, pero aquí cada uno hablaba según la educación que había recibido. Porque era tan imposible para el persa lamentar la libertad de la cual no había gozado jamás, como para los lacedemonios que la habían saboreado, aguantar la esclavitud.

Catón de Utica, aún niño y bajo la férula<sup>26</sup> de su maestro, iba a menudo a ver al dictador Silas ante el cual tenía sus entradas tanto a causa de la posición de su familia como de sus lazos de parentesco. Durante estas visitas siempre estaba acompañado de su preceptor, como era la costumbre en Roma para los hijos de los nobles. Un día vio que en el palacio mismo de Silas, en su presencia o por orden suya, se aprisionaba a unos, se condenaba a otros; uno era exilado, el otro estrangulado. Uno pedía la confiscación de los bienes de un ciudadano, otro su cabeza. En suma, todo ocurría no como donde un magistrado de la ciudad, sino como donde un tirano del pueblo; era menos el santuario de la justicia que una caverna de la tiranía.

El niño le dijo a su preceptor: “¿Me daría Ud. un puñal? Lo esconderé bajo mis ropas. Entro a menudo en el dormitorio de Silas antes de que se haya levantado... Tengo el brazo bastante fuerte como para liberar la ciudad”. He ahí de verdad la palabra de un Catón. Este comienzo de su vida era digno de su muerte<sup>27</sup>. Callad el nombre y el país, contad solamente el hecho tal cual es: él habla por sí mismo. Inmediatamente se dirá: “Este niño era romano, nacido en Roma, cuando Roma era libre”. ¿Por qué lo digo? Desde luego no pretendo que ni el país ni el suelo tengan nada que ver porque en todas partes, en todos los sitios, para los hombres es amarga la esclavitud e inapreciable la libertad.

Pero me parece que se debe tener piedad de aquellos que al nacer ya se encuentran bajo el yugo, que se debe excusarles o perdonarles si no habiendo visto ni siquiera la sombra de la libertad, y no habiendo oído hablar de ella, no sienten la desdicha de ser esclavos.

---

<sup>26</sup> En la civilización romana la férula era la una pequeña tablilla de madera con la que se golpeaba la mano de un escolar que había cometido una falta. “Estar bajo la férula” significa estar sometido a la autoridad de un maestro.

<sup>27</sup> Catón llegó a ser el héroe de la resistencia republicana al golpe de estado de Julio César; se dio la muerte cuando los partidarios de la república fueron derrotados por este.

Si hay países, como dice Homero de la tierra de los Cimerios<sup>28</sup>, en donde el sol se muestra de modo tan diferente, en donde después de alumbrarles durante seis meses consecutivos les deja en la oscuridad durante los seis meses siguientes, ¿hay que sorprenderse de que aquellos que nacen durante esa larga noche, si nunca oyeron hablar de la claridad ni jamás visto el día, sin desear la luz se acostumbren a las tinieblas en que nacieron?

No se echa nunca de menos aquello que nunca se tuvo. La tristeza no viene sino después del placer y siempre, al conocimiento de la desdicha se une el recuerdo de alguna pasada alegría. La naturaleza del hombre es ser libre y desear serlo, pero toma fácilmente otras costumbres cuando la educación se las impone.

Digamos pues que si todas las cosas le aparecen como naturales al hombre cuando este se acostumbra a ellas, solo es fiel a su naturaleza el que no desea sino las cosas simples y no alteradas. Así, la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre. Eso es lo que le ocurre a los caballos más bravos que primero muerden el freno y luego se contentan con él, que antaño se resistían bajo la silla de montar y que ahora aceptan de buen grado el arnés y, orgullosos, se pavonean bajo la armadura.

Dicen que siempre fueron súbditos, que sus padres vivieron así. Piensan que no pueden sino aguantar su mal, se persuaden con ejemplos y consolidan, haciéndola durar, la posesión de aquellos que les tiranizan. Pero, a decir verdad, los años nunca dan el derecho de mal hacer<sup>29</sup>. Solo aumentan el ultraje.

Nunca faltan aquellos, de mejor estirpe que otros, que sienten el peso del yugo y no pueden impedirse el quitárselo de encima, que no se habitúan jamás a la sumisión y que, como Ulises buscaba por mar y tierra volver a ver el humo de su hogar, no

---

<sup>28</sup> Pueblo que, según la *Odisea* de Homero, vive en una noche perpetua. (XI, 14-19)

<sup>29</sup> Étienne de La Boétie hace alusión a los juristas y refuta su tesis según la cual el derecho se fundaría en la costumbre o tradición. El término “ultraje” (“injuria” para La Boétie) tiene como étimo la palabra latina *injuria* que significa ausencia de derecho.

olvidan sus derechos naturales, sus orígenes, su estado primitivo, y se apresuran en reivindicarlos en toda ocasión.

Aquellos de espíritu perspicaz y claro entendimiento no se contentan como los ignorantes con ver lo que está a sus pies, sin mirar ni delante ni detrás. Se rememoran las cosas pasadas para juzgar el presente y prever el porvenir. Son ellos los que, naturalmente inteligentes, se perfeccionan por medio del estudio y el saber. Aun si la libertad estuviese perdida, expulsada de este mundo, aquellos la imaginan y la sienten en su espíritu y la saborean. Y tienen aversión de la servidumbre, por muy bien que la disfracen.

El Gran Turco se dio cuenta de que los libros y el pensamiento les dan al hombre, más que cualquier otra cosa, el sentimiento de su dignidad y el odio de la tiranía. Comprendo que en su país casi no tiene sabios, ni los desea.

El celo y la pasión de aquellos que a pesar de todo siguieron siendo devotos de la libertad suelen no surtir efecto alguno, sin importar cuán numerosos sean, porque no logran entenderse. Los tiranos les quitan toda libertad de hacer, de hablar y casi de pensar, y se quedan aislados en sus sueños.

Momus<sup>30</sup> no bromeaba tanto al criticar el hombre forjado por Vulcano porque no tenía una ventanita en el corazón que permitiese ver sus pensamientos...

Se dice que al emprender la liberación de Roma, -es decir del mundo entero-, Brutus y Cassius no quisieron que Cicerón, ese gran defensor del bien público, se uniese a ellos porque juzgaron su corazón muy débil para tal hazaña. Creían en su voluntad, pero no en su coraje.

---

<sup>30</sup> En la mitología griega Momus (la Burla) era una divinidad menor, uno de los hijos de Nyx (la noche) quién lo engendró sola o con Erebe (las Tinieblas). Momus es hermano de Moros, Keres y Thanatos, tres personificaciones de la Muerte. Momus es la personificación del Sarcasmo y de la Mofa, es el dios de la burla, de las críticas maliciosas y de "bons mots". Es el bufón de los dioses del Olimpo.

Quién quiera recordar los tiempos pasados y examinar los antiguos anales se convencerá de que, al ver su país maltratado y entre malas manos, casi todos los que concibieron el deseo de liberarlo en una buena intención, entera y recta, lo lograron fácilmente; para manifestarse a sí misma, la libertad vino siempre en su ayuda.

Harmodio, Aristogitón<sup>31</sup>, Trasíbulo<sup>32</sup>, Brutus el viejo<sup>33</sup>, Valerius y Dion<sup>34</sup>, que concibieron tal virtuoso proyecto, lo llevaron a cabo con buen ánimo. En tales casos, una firme voluntad garantizó casi siempre el éxito. Bruto el joven y Cassius<sup>35</sup> lograron derrotar la servidumbre; murieron en el intento de traer de regreso la libertad, no miserablemente - ¿quién osaría encontrar nada miserable ni en sus vidas ni en su muerte?- sino con graves daños y para la desdicha perpetua y la entera ruina de la república, la cual, me parece, fue enterrada con ellos.

Las otras tentativas llevadas a cabo contra los emperadores romanos solo fueron conjuras de algunos ambiciosos cuyo fracaso y mal fin no hay que lamentar, visto que no deseaban derribar el trono sino solo hacer tambalear la corona buscando expulsar al tirano para mejor conservar la tiranía. En cuanto a esos ambiciosos, me hubiese disgustado su éxito y estoy contento de que hayan mostrado con su ejemplo que no hay que abusar del santo nombre de la libertad para cometer una mala acción.

---

<sup>31</sup> Harmodio y Aristogitón son dos jóvenes ciudadanos de Atenas, tiranicidas de Hiparco (514 a.n.e.). Harmodio y Aristogitón son considerados como dos héroes y tratados como mártires de la libertad, tras el derrocamiento de Hípias. Dos estatuas, esculpidas por Antenor se erigieron en su honor en el Ágora.

<sup>32</sup> Trasíbulo, ateniense, hijo de Licio, liberó Atenas de los Treinta Tiranos (455-388 a.n.e.)

<sup>33</sup> Marcus Junius Brutus, noble romano, semi legendario del siglo VI n.e

<sup>34</sup> Dion Cassius: escritor e historiador griego. 155-235 n.e.

<sup>35</sup> Brutus y Cassius, dos coautores del asesinato de Julio César.

Pero para volver a mi tema, que casi había perdido de vista<sup>36</sup>, la primera razón por la cual los hombres se someten voluntariamente, es que nacen siervos y que son educados como tales. De esta primera razón surge esta otra: bajo los tiranos las gentes se ponen cobardes y pusilánimes fácilmente. Yo le agradezco al gran Hipócrates, padre de la medicina, el haberlo destacado tan bien en su libro “De las enfermedades”.

Era un hombre de buen corazón, y lo mostró cuando el rey de Persia<sup>37</sup> quiso atraerlo a su lado a fuerza de ofrecimientos y ricos regalos; Hipócrates le respondió francamente que para él sería violar su propia conciencia el ocuparse en sanar a los bárbaros que buscaban matar a los griegos, y servir con su arte a aquel que quería someter a su país. La carta que le escribió se encuentra aún hoy día entre en sus obras; ella siempre dará testimonio de su coraje y de su nobleza.

Es muy cierto que al mismo tiempo que se pierde la libertad se pierde la bravura. Las gentes sometidas no tienen ni ardor ni pugnacidad en el combate. Van a la batalla como si fuesen amarradas y aletargadas, cumpliendo a duras penas su obligación. No sienten hervir en su corazón el ardor de la libertad que hace despreciar el peligro y da ganas de alcanzar, mediante una bella muerte junto a sus compañeros, el honor y la gloria.

Los hombres libres, por el contrario, se disputan por ver quién da más, uno para todos y cada uno para sí: saben que recogerán una parte igual del mal de la derrota o del bien de la victoria. Pero las gentes sometidas, desprovistas de coraje y de energía, tienen el corazón abatido y timorato y son incapaces de grandes acciones. Los tiranos bien lo saben. Y por eso hacen lo que pueden para envilecerles aún más.

---

<sup>36</sup> Lo que fue enunciado más arriba: “La primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre”.

<sup>37</sup> Jerjes, rey de los persas, enemigo de Grecia.

El historiador Jenofonte, uno de los más serios y estimados por los griegos, escribió un librito en el que hace dialogar a Simónides<sup>38</sup> con Hierón<sup>39</sup>, tirano de Siracusa, sobre las miserias del tirano. El libro está lleno de buenas y graves lecciones que además tienen, a mi parecer, una gracia infinita. Ojalá todos los tiranos del mundo lo hubiesen puesto ante sí mismos como un espejo. En él habrían reconocido sus verrugas y se habrían avergonzado de sus manchas. Este tratado habla de la aflicción que sienten los tiranos que, porque a todos mortifican, se ven obligados de temerle a todo el mundo.

Entre otras cosas el libro dice que los malos monarcas toman a su servicio mercenarios extranjeros porque no osan darle armas a súbditos a los que han maltratado. En la misma Francia, antaño más que ahora, algunos buenos reyes pagaron tropas extranjeras pero era para proteger a sus propios súbditos, sin fijarse en el gasto con tal de resguardar a sus hombres. También era, así me parece, la opinión de Escipión el Africano, quien prefería economizar la vida de un ciudadano que derrotar cien enemigos.

Pero lo cierto es que el tirano no estima jamás su poder garantizado si no ha llegado al punto de no tener por súbditos sino hombres sin valor. Se le pudiera decir con justa razón al tirano lo

---

<sup>38</sup> Simónides de Ceos, poeta griego. (556 - 468 a.n.e. )

<sup>39</sup> *Hierón* es un diálogo escrito por Jenofonte sobre los inconvenientes de la tiranía y las ventajas de un buen gobierno, considerados desde el punto de vista del mismo tirano. La demostración de la miseria del tirano toma la forma de un diálogo socrático cuyos interlocutores son el tirano Hierón y el poeta Simónides de Ceos. Simónides pretende que la vida del tirano es envidiable y su condición superior a la de todos. Hierón le demuestra que por el contrario no tiene amigos y reducido a vivir con criminales o con esclavos. Los honores que se le rinden no tienen ningún encanto para él, porque sabe que son inspirados por el temor y no por la estima. Odiado de todos, es el más desdichado de los hombres.

que según Terencio<sup>40</sup> Thrason le reprochaba al cornaca<sup>41</sup>: “Tan valiente como eres, ¿estás a cargo de los animales?”

El ardid de los tiranos<sup>42</sup> que consiste en embrutecer a sus vasallos nunca fue tan evidente como en la conducta de Ciro<sup>43</sup> hacia los Lidios después de que se apoderase de su capital y tomase cautivo a Creso, su riquísimo rey. Le llevaron la noticia de que los habitantes de Sardes<sup>44</sup> se habían rebelado. No hubiese tardado en someterles a la obediencia. Pero no queriendo saquear una ciudad tan bella ni verse obligado a mantener allí un ejército para dominarla, se le ocurrió un método admirable para asegurarse de su posesión. Implantó burdeles, tabernas y juegos públicos, y luego publicó un mandato que obligaba a los ciudadanos a asistir a ellos. Los resultados fueron tan satisfactorios que nunca más tuvo que sacar la espada contra los Lidios. Esos miserables se dedicaron a inventar toda suerte de juegos de modo tal que, de su gentilicio los Latinos formaron la palabra con la cual designaron

---

<sup>40</sup> Terencio: nacido en Cartago, poeta cómico latino de origen bereber (190-159 a.n.e.) Thrason es un personaje de su obra “El eunuco”, un soldado fanfarrón.

<sup>41</sup> Del portugués, cornaca, y este del singalés kūrūṅeka, amansador de elefantes.

<sup>42</sup> La Boétie va a enunciar las artimañas y los medios de dominación de los tiranos. Y comienza por los juegos y la depravación.

<sup>43</sup> Hacia 546 a.n.e. Ciro II, el Grande, rey de los persas y de los medos, emprende la conquista del Oriente y se apodera de Sardes en Lidia, de la cual hace la capital de una provincia persa. Lidia es un reino muy rico de Asia Menor, que domina las ciudades griegas del mar Egeo. Creso, rey de Lidia, es condenado a morir en la hoguera, pero Ciro lo indulta y le acuerda un gobierno en Media. Toda la Anatolia es anexada por los persas.

<sup>44</sup> Una vez invadidas todas las provincias, Ciro dejó todo el país bajo la guardia de guarniciones persas. Después de su partida, varias ciudades se sublevaron. Algunas de ellas fueron castigadas severamente. Mientras Harpagus redujo lo que aún era independiente, Ciro se dirigió al este, y sometió todos los pueblos desde Irán hasta el Indus, sin dejar ningún país independiente. Lo que ocurrió en Lidia es muy diferente y más sutil que la expresión de una represión violenta, como lo muestra el texto de La Boétie.

lo que llamamos pasatiempos, y que ellos llamaron Ludi<sup>45</sup> por deformación de Lidia. xxx

No todos los tiranos declararon tan manifiestamente su voluntad de atemorizar a sus vasallos; pero en los hechos, lo que aquel ordenó hacer formalmente los otros lo hicieron a hurtadillas. Tal es la natural inclinación del numeroso populacho de las ciudades: es desconfiado hacia aquel que lo ama y confiado hacia aquel que lo engaña. No existe ningún pájaro que se deje coger más fácilmente por el señuelo, ni pez que por la avidéz de la lombriz pique más pronto el anzuelo que aquellos pueblos que rápidamente se dejan atraer a la servidumbre por el menor halago que se les dispense.

Es una maravilla que se dejen atrapar tan prontamente por poco que se les incite. El teatro, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, los animales curiosos, las medallas, los cuadros y otras drogas como aquellas eran para los pueblos antiguos los cebos de la servidumbre, el precio de su libertad perdida, las herramientas de la tiranía.

Este medio, esta práctica y estos señuelos eran los que utilizaban los antiguos tiranos para adormecer a sus vasallos bajo el yugo. Así, los pueblos embrutecidos, divirtiéndose con tales pasatiempos, cebados en un vano placer que los deslumbraba, se habituaban a devenir esclavos tan neciamente como -pero más mal que- los niños que aprenden a leer con imágenes brillantes.

Los tiranos romanos se sobrepasaron aún más con estos medios haciendo ir de parranda las decurias<sup>46</sup>, colmando tanto como fuese necesario esa canalla que se abandona a los placeres del vientre más que a cualquier otra cosa. Así, el más despabilado de ellos no hubiese dejado su escudilla de sopa para recobrar la libertad de la República de Platón.

---

<sup>45</sup> Lúdico: del latín "ludus", del juego, del tiempo libre o relacionado con ellos.

<sup>46</sup> Destacamento de diez soldados en el ejército romano.

Los tiranos eran generosos con un cuarto de trigo, con una medida de vino, con los sestercios<sup>47</sup>, y era terrible escuchar luego los gritos de: “¡Viva el rey!” Esos imbéciles no se daban cuenta de que con aquella falsa generosidad no hacían más que recobrar una mínima parte de lo suyo y que el tirano no se la hubiera podido dar si antes no se la hubiese arrebatado.

Tal recogía hoy el dinero, tal otro se atiborraba en el festín público bendiciendo a Tiberio y a Nerón<sup>48</sup> por su prodigalidad, y al día siguiente, obligado a abandonar sus bienes a la avidez, sus hijos a la lujuria, su sangre misma a la crueldad de aquellos magníficos emperadores, no decía nada como si fuese una piedra, y se agitaba menos que una raíz.

El pueblo ignorante siempre ha sido así: dispuesto y licencioso al placer que no puede recibir honestamente; insensible al daño y al dolor que honestamente puede sufrir.

Hoy en día no veo a nadie que al oír hablar de Nerón no tiemble ante el solo nombre de ese monstruo horrendo, de esa sucia peste del mundo. No obstante, hay que decir que después de la muerte -tan repugnante como la vida- de ese fanático, de ese verdugo, de esa bestia salvaje, el famoso pueblo romano sintió tanto dolor recordando sus juegos y sus festines que estuvo a punto de llevar luto por él.

Eso es al menos lo que escribe Cornelio Tácito<sup>49</sup>, excelente autor e historiador de los más confiables. No se extrañará uno de lo que precede si se considera lo que ese mismo pueblo había hecho a la muerte de Julio César, quien anuló las leyes y la libertad

---

<sup>47</sup> Sestercio: moneda utilizada en la antigua Roma. Para cada don aquí descrito, trigo, vino, moneda, el tirano regala la unidad más pequeña. El pueblo es engañado por estas contrapartidas ridículas, mezquinas, mínimas. La Boétie pone en evidencia la desproporción evidente entre las donaciones miserables del amo, y el agradecimiento, desmesurado, del pueblo.

<sup>48</sup> Tiberio y Nerón son dos emperadores romanos conocidos por su ejercicio tiránico del poder y sus exacciones.

<sup>49</sup> En las *Historias*, I, 4.

romana. En este personaje se alababa sobre todo su “humanidad”; ahora bien, ella fue más funesta para su país que la más grande crueldad del más salvaje tirano que haya vivido jamás, porque, a decir verdad, para el pueblo romano, fue esa venenosa suavidad la que le dio sabor de miel al brebaje de la servidumbre.

Después de su muerte, ese pueblo que aún tenía en la boca el sabor de sus banquetes y en el espíritu la memoria de sus despilfarros, amontonó los bancos de la plaza pública para hacerle una gran fogata de honor; después le levantó una columna como al Padre del pueblo<sup>50</sup>; en fin, le rindió más honores a este muerto que no hubiese debido hacerle a un vivo, y antes que nada a aquellos que lo habían asesinado. Los emperadores romanos no olvidaban adoptar el título de Tribuno del pueblo<sup>51</sup>, porque esta función era considerada santa y sagrada; establecida para la defensa y la protección del pueblo, gozaba de una gran consideración en el Estado. Por ese medio se aseguraban de que el pueblo se fiara mejor a ellos, como si le bastase con escuchar ese nombre sin la necesidad de sentir los efectos. Pero no lo hacen mejor los de ahora que, antes de cometer sus crímenes más graves, los hacen preceder por algunos lindos discursos sobre el bien público y el consuelo de los desdichados. Conocemos la fórmula que usan con tanta finura; ¿pero se puede hablar de finura allí donde hay tanta impudencia?

---

<sup>50</sup> El capitel de la columna portaba esa inscripción.

<sup>51</sup> La usurpación de un título corresponde a otro medio, para los tiranos, de asegurar su dominio.

Los reyes asirios<sup>52</sup>, y después de ellos los medos<sup>53</sup>, aparecían en público lo más raramente posible para hacerle suponer al pueblo que había en ellos algo de sobrehumano y dejar soñar aquellos que fuerzan la imaginación sobre las cosas que no pueden ver con sus propios ojos<sup>54</sup>.

De este modo muchas naciones que estuvieron largo tiempo bajo el imperio de estos reyes misteriosos se habituaron a servirles, y los sirvieron tanto más voluntariamente que ignoraban quien era su amo, incluso si tenían alguno; de tal suerte que vivían en el temor de un ser que nadie había visto jamás.

Los primeros reyes de Egipto se mostraban raramente sin llevar sobre la cabeza ya una rama, ya una llama: se enmascaraban y jugaban a los malabaristas<sup>55</sup> inspirando con estas formas extrañas el respeto y la admiración de sus vasallos que, si no hubiesen sido tan estúpidos o tan sumisos, hubiesen debido mofarse y reírse de todo aquello.

Es verdaderamente lamentable descubrir todo lo que hacían los tiranos de antaño para fundar su tiranía, ver de qué insignificantes medios se servían, encontrando siempre al populacho tan bien dispuesto a su respecto que solo tenían que tender una red para cogerlo; nunca tuvieron tanta facilidad para

---

<sup>52</sup> Asiria conoció una expansión importante con las conquistas: en su extensión máxima hacia 670 a.n.e., controlaba todos los territorios del “creciente fértil” que se extiende del Mediterráneo al Golfo Pérsico, alrededor de Babilonia, sobre los cuatro países actuales: Siria, Turquía, Irán e Irak.

<sup>53</sup> Los medos ocupaban un territorio que recubre el noroeste del actual Irán, al sur del Mar Caspio. Los medos formaron un imperio al principio del siglo VII a.n.e., que duró hasta 550 a.n.e.

<sup>54</sup> El recurso al misterio y la religiosidad del poder constituye otro medio de dominación para los tiranos.

<sup>55</sup> Un malabarista, o prestidigitador, hace trucos con los que engaña. Es un tramposo que divierte a la muchedumbre desviando su atención con mucha habilidad.

engañarlo y nunca mejor lo sometieron que cuando más de él se burlaban<sup>56</sup>.

¿Qué puedo decir de otra majadería que los pueblos antiguos tomaron por cosa cierta? Creyeron firmemente que un dedo del pie de Pirro<sup>57</sup>, rey de Epira, hacía milagros y curaba a los enfermos del páncreas. Embellecieron aún más este cuento diciendo que, cuando quemaron el cadáver del rey, el dedo del pie fue encontrado entre las cenizas, inmune al fuego, intacto.

El pueblo siempre ha fabricado él mismo las mentiras para luego añadirles una fe estúpida en ellas. Muchos autores han dado cuenta de estas falsedades; se ve fácilmente que las recogieron de los chismes de las ciudades y de las fábulas de los ignorantes. Como las maravillas que hizo Vespasiano<sup>58</sup> al regresar de Asiria pasando por Alejandría para ir a Roma a apoderarse del Imperio: enderezaba a los cojos, les devolvía la vista a los ciegos, y mil otras cosas que no podían ser creídas a mi juicio sino por peores ciegos que los que curaba.

Los tiranos mismos encontraban inaudito que los hombres aguantasen que otro les maltratase y por esa razón les gustaba cubrirse con el manto de la religión y vestirse tanto como era posible con los perendengues de la divinidad para proteger su malvada vida.

---

<sup>56</sup> La credulidad de los pueblos es otro medio para avasallarles.

<sup>57</sup> Pirro: rey de Epira, (hacia 318 – 272 a.n.e.) Su triunfo contra los romanos en la batalla de Ausculum le costó tan cara que las polis griegas declararon: “Si ganamos otra batalla contra los Romanos estamos perdidos” (Plutarco). Las victorias de Pirro dieron origen a la expresión *victoria pírrica*, que designa una batalla ganada al precio de grandes pérdidas.

<sup>58</sup> Vespasiano, que había recibido la misión de restaurar el orden en Palestina (66-67), regresa victorioso después de someter Judea (69) y haber restablecido la paz romana. Enseguida va a Alejandría después de haber sido proclamado emperador por las legiones de Oriente, y organiza un complot contra el emperador Vitelio. Vespasiano conservará el título de emperador hasta su muerte en 79.

Así Salmoneo<sup>59</sup>, que agravó al pueblo exigiendo para sí mismo los honores debidos a Júpiter<sup>60</sup>, se encuentra ahora -según la sibila<sup>61</sup> de Virgilio- en el fondo del infierno:

*De Salmoneo vi la empresa brava; De fogosos caballos sostenido,  
Los honores divinos usurpaba  
Y ser del rayo autor finge atrevido: El trueno y vientos imitar pensaba,  
Y de horroroso estruendo precedido  
Con el fuego terror diseminaba,  
De las Ciudades griegas fue temido. Mas de una nube el Padre omnipotente Un rayo le arrojó, y en el Averno Hundióse carro y dios, y el imprudente Sufre amargo dolor y llanto eterno. Burlóse de los pueblos, y al momento. A la burla siguió fiero tormento*<sup>62</sup>.

Si aquel que quiso comportarse como un idiota se encuentra en el infierno, me parece que aquellos que han abusado de la religión para hacer el mal llegarán allí con mejor razón.

---

<sup>59</sup> Salmoneo: figura de la mitología griega. Hijo de Eolo y de Enareta. Rey de Elida, por imitar el ruido del trueno de Júpiter su ciudad fue destruida y él enviado al infierno en donde lo encontró Enea (*Eneida*, VI, 585-594).

<sup>60</sup> Júpiter: es el dios romano del Cielo. Júpiter (Zeus en griego) dicen los poetas es el padre, el dios de los dioses y de los hombres.

<sup>61</sup> Sibila: adivina, pitonisa.

<sup>62</sup> Eneida, epopeya escrita en latín por Virgilio. Canto I, versos 585 y siguientes.

Nuestros tiranos de Francia también sembraron un no sé qué del mismo género: sapos<sup>63</sup>, flores de lis, la Santa Ampolla<sup>64</sup> y la oriflama<sup>65</sup>.

Sea como sea, no quiero creer que todas estas cosas no sean sino idioteces puesto que nuestros ancestros creían en ellas y que en la época presente no hemos tenido ninguna ocasión de sospechar que lo sean. Porque hemos tenido algunos reyes tan buenos en la paz y tan valientes en la guerra que, aun cuando nacieron reyes, tal parece que la naturaleza no les hizo como los otros y que dios todopoderoso los escogió antes de su nacimiento para confiarles el gobierno y la protección de este reino.

Y aun cuando no fuese así, no quisiera salir a la palestra para poner en duda la verdad de nuestra historia, ni empañarla apropiándome de este bello tema en el que podrá lucirse nuestra poesía francesa, esta poesía no solo animada sino restaurada como nueva por nuestros Ronsard, Baïf et Du Bellay: ellos hacen progresar tanto nuestra lengua que muy pronto, oso esperarlo, no tendremos nada que envidiarles a los griegos, ni a los latinos, sino su mayor antigüedad.

Tengo por cierto que yo dañaría nuestra poesía (uso con placer esta palabra que me gusta, porque si unos cuantos han hecho de ella una cuestión técnica, muchos más veo capaces de ennoblecerla y de devolverle su lustre original).

---

<sup>63</sup> Antes de las flores de lis, los escudos de armas de Francia eran los sapos (emblema de Clovis). La Boétie enumera en este párrafo los símbolos de la devoción popular, en los cuales el pueblo se reconoce y reconocerá a su rey. Devoción legítima, contrariamente a lo que La Boétie ha denunciado en la práctica de los tiranos que acaparan falsos símbolos o atraen una falsa piedad por medio de engaños pseudo-místicos.

<sup>64</sup> La Santa Ampolla es la ampolla de óleo sagrado utilizado para la unción de los reyes de Francia durante su coronación en la abadía de Saint-Denis.

<sup>65</sup> Oriflama: literalmente “llama de oro”, era el estandarte de los reyes de Francia desde Carlomagno.

Yo le haría, digo, un gran daño a la poesía apropiándome de esos bellos cuentos del rey Clovis<sup>66</sup>, en los cuales se despertará tan fácilmente la inspiración de nuestro Ronsard en su *Franciade*<sup>67</sup>.

Percibo su alcance, conozco la fineza de su espíritu y la gracia del hombre. Hará maravillas con la oriflama, como los romanos hicieron con sus ancillas<sup>68</sup> y con esos “escudos del cielo caídos” de los que habla Virgilio.

El sacará de nuestra Santa Ampolla un partido tan bueno como el que los atenienses sacaron de su cesta de Erictonio<sup>69</sup>. Hablará de nuestros escudos de armas tan bien como ellos de su olivo<sup>70</sup> que, según pretenden, aún existe en el templo de Minerva. Por cierto, sería insolente de mi parte el querer desmentir nuestros libros y hollar el labrantío de los Poetas<sup>71</sup>.

---

<sup>66</sup> Clovis, o Clodoveo: primer rey Franco. Bautizado y coronado rey de los Francos por Rémi, obispo de Reims, el 25 de diciembre del año 496 (o 498 según otros historiadores).

<sup>67</sup> La *Franciade* de Ronsard es un largo poema épico, inconcluso, escrito a la gloria de Francia. Escrito en decasílabos, el tema del poema es la historia del Fráncico *Francus*, pretendido hijo de Héctor que estaría en el origen de la nación francesa. En el momento en que De La Boétie escribía su “Discurso...” la redacción de la *Franciade*, obra pedida por el rey Charles IX, apenas comenzaba: esa es la razón por la que los verbos que siguen en la frase están en tiempo futuro. La *Franciade* fue publicada en 1572.

<sup>68</sup> Ancilla: los romanos le dieron este nombre a un escudo de carácter sagrado, construido en bronce, de forma oval y con dos escotaduras en los lados correspondientes al eje menor. El escudo sagrado se creía caído del cielo y encontrado en el palacio de Numa.

<sup>69</sup> Erictonio: hijo monstruoso de Hefastos, mitad hombre, mitad serpiente. Al nacer, Athena, diosa de la guerra, lo encerró en una cesta que confió a las tres hijas de Cércopos (fundador de la polis de Atenas), pidiéndoles no abrirlo. Ellas desobedecieron y Athena las castigó con la locura, por lo que se arrojaron al vacío desde lo alto de la Acrópolis. Erictonio por su parte llegó a ser rey de Atenas.

<sup>70</sup> Los atenienses pretenden que el olivo que les regaló Minerva aún se encuentra en la Acrópolis, en el templo consagrado a esa diosa.

<sup>71</sup> La Boétie explica que sería un error atacar los símbolos que hacen la belleza de la expresión poética, e invadir el campo de la poesía que le pertenece a los poetas.

Mas, para volver a mi tema, del cual me he alejado sin saber cómo, ¿no es claro que los tiranos, para asegurar su dominación, se esforzaron en habituar al pueblo no solo a la obediencia y a la servidumbre sino también a su devoción?

Todo lo que hasta aquí he dicho de los medios empleados por los tiranos para avasallar no se aplica sino al populacho ignorante. Llego ahora a un punto que a mi parecer es el mecanismo y el secreto de la dominación, el sostén y el fundamento de toda tiranía. Aquel que piense que las alabardas, los esbirros y la vigilancia protegen a los tiranos, se equivoca grandemente. Tal me parece que los tiranos los usan más por la forma y como espantajo que por lo que confían en ellas.

Los arqueros le impiden el acceso de los palacios a los torpes e inermes, nunca a los audaces bien armados. Bien se ve que entre los emperadores romanos son menos numerosos aquellos que escaparon al peligro gracias al socorro de sus arqueros, que los que murieron a sus manos.

No son las tropas de caballería ni las unidades de infantería, no son las armas las que defienden a un tirano, sino siempre - es la exacta realidad, aunque a primera vista parezca increíble- cuatro o cinco hombres que lo mantienen en el poder y al país en esclavitud<sup>72</sup>.

Siempre ha sido así: cinco o seis individuos que adulan al tirano, que se le acercan de motu proprio o bien son llamados por él para ser los cómplices de sus crueldades, los compañeros de sus placeres, los chulos<sup>73</sup> de sus lujurias y los beneficiarios de sus rapiñas.

---

<sup>72</sup> Ultimo medio, pero tal vez uno de los más eficaces, para establecer la tiranía: los tiranuelos, los cortesanos que estructuran la pirámide del poder.

<sup>73</sup> Chulo : proxeneta.

Esta media docena de individuos aleccionan tan bien a su propio jefe que éste es malvado con la sociedad no solo con la suya propia, sino también con la maldad de ellos.

Estos seis tienen bajo sus órdenes a seiscientos a quienes corrompen tanto como corrompieron al tirano. Los seiscientos ejercen su autoridad sobre seis mil, que son elevados a la categoría de dignatarios. Se les confía el gobierno de las provincias o la administración de los dineros con el propósito de controlarles por su avidez o por su crueldad, para que la ejerzan cuando hace falta y hagan tanto daño que no puedan mantenerse en sus cargos sino a la sombra de sus superiores, y que no puedan eximirse de las leyes ni de sus castigos sino gracias a su protección.

Grande es la serie de aquellos que les siguen. El que quiera devanar el hilo verá que no seis mil, sino cien mil y aun millones forman una cadena ininterrumpida que los ata al tirano, el cual les arrastra en pos de sí -según cuenta Homero<sup>74</sup>- como Júpiter se jacta de hacerlo con todos los dioses.

De ahí venía el acrecentado poder del Senado bajo Julio César, la implantación de nuevas funciones, la institución de nuevos oficios, no por cierto para reorganizar la justicia, sino para darle nuevos pilares a la tiranía.

En suma, mediante los beneficios y favores recibidos de los tiranos se llega a tal punto que aquellos que se aprovechan de la tiranía son casi tan numerosos como aquellos que quisieran recuperar su libertad<sup>75</sup>.

---

<sup>74</sup> La cadena de oro de Homero, o *catena aurea*, es una referencia a un desafío lanzado por Zeus a los dioses y diosas. “*Suspended en el cielo un cable de oro y tirad de él, todos, dioses y diosas: no llevaréis del cielo a la tierra a Zeus, el dios supremo, por mucho empeño que pongáis. Pero si yo quisiera tirar de la cadena, sería el mar y la tierra que traería junto a vosotros*”.

<sup>75</sup> Alusión a la acción del rey Henri II quién creó, en 1552, nuevos cargos venales.

Según dicen los médicos, aunque nada aparezca cambiado en nuestro cuerpo, apenas se manifiesta un tumor en algún sitio, todos los humores concurren al órgano podrido.

Del mismo modo, apenas un rey es declarado tirano, todo lo malo, toda la basura del reino, no digo un montoncito de canallas y de infames que no pueden hacer ni el bien ni el mal en un país, sino aquellos poseídos por una ardiente ambición y una notoria avidez se agrupan en torno a él y lo apoyan para obtener una parte del botín y para ser, bajo el tirano, otros tantos tiranuelos.

Así son los grandes ladrones y los famosos corsarios; unos corren el país, otros persiguen a los viajeros; unos están en emboscada, los otros al acecho unos masacran, los otros despojan, y aun cuando hay entre ellos preeminencias, que unos no sean sino lacayos y los otros jefes de banda, al fin no hay ni uno que no se aproveche sino del botín principal al menos de sus restos. Se dice que los piratas cilicianos<sup>76</sup> se juntaron en tan gran número que hubo que enviar contra ellos al gran Pompeyo<sup>77</sup>, y que ellos atrajeron a su alianza varias bellas y grandes ciudades al abrigo de las cuales, al volver de sus expediciones, se ponían a buen recaudo dándoles a cambio una parte de los pillajes que habían recelado.

Es así como el tirano sometió los súbditos los unos por los otros. Lo cuidan aquellos de quienes debiera cuidarse, si valiesen algo. Pero, bien se ha dicho: para partir un leño se utilizan cuñas del mismo palo; así son sus arqueros, sus guardias, sus alabarderos. No es que ellos mismos no sufran a menudo; pero estos miserables abandonados por Dios y por los hombres se contentan con soportar el mal y con hacerlo, no a aquel que se los hace a

---

<sup>76</sup> Cilicia es una provincia del Asia Menor que sirvió de base a famosos corsarios sanguinarios que aterrorizaron el Mediterráneo. Los cilicianos fueron la primera sociedad de piratas, de la cual se supone que estuvo activa entre 144 y 139 a.n.e.

<sup>77</sup> En el 67 se depositó en Roma un proyecto de ley relativo a la represión de la piratería. Un comando militar excepcional fue constituido y el general que tomó su mando, Pompeyo el Grande, dirige, a título de Procónsul, todo el Mediterráneo, con una extensión territorial profunda en Asia menor.

ellos, sino a aquellos que como ellos mismos lo sufren y no pueden más. Cuando pienso en esas gentes que halagan al tirano para explotar su tiranía y la servidumbre del pueblo, me siento casi tan sorprendido de su maldad como apiadado de su estupidez.

Porque, a decir verdad, ¿acaso aproximarse al tirano es otra cosa que alejarse de su libertad y, por decirlo así, abrazar y estrechar su propia servidumbre? Que aparten un momento su ambición, que se desprendan un poco de su avidez, y que luego se miren a sí mismos; que se consideren a sí mismos: verán claramente que esos aldeanos, esos campesinos que pisotean y que tratan como galeotes o como esclavos, verán, digo, que ellos, tan maltratados como están son más felices y de algún modo más libres. El labriego y el artesano, por sometidos que estén, ya libran obedeciendo; pero el tirano ve a aquellos que lo rodean briboneando y mendigando su favor. No solo deben hacer lo que él ordena, sino también pensar lo que él quiere e incluso a menudo, para satisfacerlo, que se adelanten a sus deseos. Obedecerle no es todo, aún hay que agradarle; tienen que romperse, atormentarse, matarse tratando sus asuntos, y puesto que no se placen sino con su placer, que sacrifiquen su propio gusto al suyo, que fuercen su temperamento y se deshagan de su carácter natural. Tienen que estar atentos a sus palabras, a su voz, a sus miradas, a sus gestos: que sus ojos, que sus pies, sus manos estén constantemente ocupados espionando sus voluntades y adivinando sus pensamientos.

¿Eso es vivir feliz? ¿O siquiera vivir? ¿Hay algo en el mundo más insoportable que este estado, no digo para todo hombre de corazón, sino para aquel que no tiene sino sentido común, o incluso solo figura humana? ¿Qué condición es más miserable que la de vivir así, sin tener nada propio y debiéndole a otro su bienestar, su libertad, su cuerpo y su vida? Pero desean servir para amasar fortuna: como si pudiesen ganar algo que les perteneciese, cuando no pueden ni siquiera decir que se pertenecen. Y como si alguien pudiese tener algo propio bajo un tirano, quieren poseer bienes, olvidando que son ellos los que le

dan la fuerza para robarle todo a todos, y de no dejar nada que uno pueda reclamar como suyo.

Se dan cuenta, no obstante, que son las riquezas las que hacen a los hombres dependientes de su crueldad; que no hay ningún crimen más digno de la muerte, según él, que la ventaja del prójimo; que no ama sino las riquezas y no ataca sino a los ricos; aquellos vienen sin embargo a presentarse a él como corderos ante el matarife, llenos y satisfechos como para darle apetito. Estos favoritos debiesen acordarse menos de los que ganaron mucho cerca del tirano y más de aquellos que, habiéndose cebado durante algún tiempo, poco después perdieron sus bienes y su vida. Debiesen pensar menos en los muchos que adquirieron riqueza y más en los pocos que la conservaron. Que se examinen todas las historias antiguas y que se recuerden aquellas de las que nos acordamos, se verá cuan numerosos son aquellos que, alcanzando con malas artes la atención de los príncipes, o halagando sus malos hábitos, o aun abusando de su ingenuidad, terminaron por ser aplastados por esos mismos príncipes que pusieron tanta facilidad para elevarles como inconstancia para defenderles.

Entre aquellos, numerosos, que se encontraron cerca de los malos reyes, hay pocos o ninguno que no hayan experimentado en su carne la crueldad del tirano que poco antes habían azuzado contra otros. A menudo, enriquecidos a la sombra de sus favores con el saqueo del prójimo, terminaron enriqueciéndolo con sus propios despojos.

Incluso gentes de bien, - sucede a veces que el tirano les ame-, por avanzados que estén en su buena gracia, por brillantes que sean en ellos la virtud y la integridad (que inspiran respeto incluso a los malvados cuando estos les ven de cerca); estas gentes de bien, digo, no podrían mantenerse cerca del tirano; terminarán sufriendo del mal común y soportando la tiranía a su pesar.

Como un Séneca<sup>78</sup>, un Burrhus, un Trazeas: esta trinidad de gentes de bien, los dos primeros de los cuales tuvieron la desgracia de acercarse a un tirano que les confió el tratamiento de sus asuntos<sup>79</sup>, ambos muy amados por él, y aun cuando uno de ellos lo crió y tenía por garantía de su amistad los cuidados aportados a su infancia<sup>80</sup>, esos tres, cuya muerte fue tan cruel, ¿no son ejemplos suficientes de la poca confianza que se debe tener en los favores de un amo ruin?

En verdad, ¿qué amistad esperar de aquel que tiene el corazón tan duro como para odiar todo un reino no hace sino obedecerle, de un ser que no sabiendo amar se empobrece él mismo destruyendo su propio imperio? Ahora bien, si se quiere decir que Séneca, Burrhus y Trazeas no sufrieron esa desgracia sino por haber sido gentes de bien, que se busque atentamente en el entorno del mismo Nerón: se verá que todos aquellos que estuvieron en su gracia y que por su maldad se mantuvieron en ella no tuvieron mejor fin. ¿Quién no ha oído hablar de un amor tan desenfrenado, de una pasión tan obstinada, quién ha visto jamás un hombre tan obcecadamente aferrado a una mujer como Nerón lo estuvo de Popea<sup>81</sup>? Ahora bien, la envenenó él mismo.

---

<sup>78</sup> Séneca fue un político y un escritor latino del siglo I n.e., que muy joven vino a estudiar la filosofía estoica a Roma. Como Burrhus fue consejero de Nerón. Trazeas fue senador. Nerón les acusó a los tres de haberle engañado y Burrhus fue condenado a prisión mientras los otros dos eligieron el suicidio.

<sup>79</sup> Séneca y Burrhus, reconocidos por su integridad.

<sup>80</sup> Séneca había sido preceptor de Nerón.

<sup>81</sup> Nerón se enamoró de Popea, que pasaba por ser la mujer más hermosa de Roma, y se casó con ella. Se dice que Popea era ambiciosa y deseaba ser emperatriz, y que eso provocó una disputa entre Nerón y su madre Agripina. Este diferendo, entre otras cosas, llevó a Nerón a deshacerse de su madre haciéndola asesinar. No se sabe si Nerón causó la muerte de Popea como lo afirma La Boétie. Los historiadores modernos piensan que murió de un mal parto.

Su madre, Agripina<sup>82</sup>, para situarlo en el trono había matado a su propio marido Claudio; y había emprendido todo y sufrido todo para favorecerlo. Sin embargo, su hijo, su cría, aquel que ella había hecho emperador por su propia mano, le quitó la vida después de haberla maltratado con frecuencia. Nadie negó que ella no hubiese merecido ese castigo, si hubiese sido infligido por cualquier otra persona.

¿Quién fue más fácil de manejar, más simple, y por decirlo mejor, más bobo que el emperador Claudio? ¿Quién jamás estuvo más prendido de una mujer que él de Mesalina<sup>83</sup>? No obstante, se la entregó al verdugo. Los tiranos idiotas son idiotas al punto de nunca saber hacer el bien, mas, no sé cómo, al final lo poco de inteligencia que tienen se despierta en ellos para ser crueles incluso hacia sus seres cercanos.

Demasiado se conocen las palabras de aquel que, viendo el cuello desnudo de su mujer, de aquella que más amaba, sin la cual -al parecer- no podía vivir, le dirigió este bello cumplido: “Ese lindo cuello será cortado dentro de un rato, si yo lo ordeno”<sup>84</sup>. He ahí porqué la mayoría de los antiguos tiranos fueron casi todos asesinados por sus favoritos: conociendo la naturaleza de la tiranía, aquellos nunca confiaron en la voluntad del tirano y desconfiaban de su poderío. Así fue que Domiciano<sup>85</sup> fue

---

<sup>82</sup> Agripina, madre de Nerón, hizo lo imposible para hacerlo subir al trono de emperador. Intrigante, envenenó a su marido, Claudio, que tardaba en morir, para hacerle suceder por Nerón.

<sup>83</sup> Mesalina, tercera esposa de Claudio, es conocida sobre todo por sus adulterios que le valieron su condena a muerte. La esposa siguiente de Claudio será su sobrina, Agripina, de la cual es cuestión en las precedentes notas. Como emperatriz Agripina logró promover a su propio hijo Nerón como sucesor de Claudio, en detrimento de Britannicus el legítimo pretendiente (hijo de Mesalina y de Claudio).

<sup>84</sup> Se trata de Calígula.

<sup>85</sup> El asesino de Domiciano, que reinó de 80 a 96 n.e., fue Estéfano, su favorito.

asesinado por Estéfano, Cómodo<sup>86</sup> por una de sus amantes, Caracalla<sup>87</sup> por el centurión Marcial incitado por Macrin, y de ese modo casi todos los otros.

Ciertamente el tirano no ama jamás, y nunca es amado. La amistad es un nombre sagrado, una santa cosa. Solo existe entre gentes de bien. Nace de una mutua estimación y se mantiene menos por los beneficios que por la honestidad. Lo que hace que un amigo esté seguro del otro, es el conocimiento de su integridad. Tiene por garantes su buena naturaleza, su fidelidad, su constancia. No puede haber amistad allí donde se encuentran la crueldad, la deslealtad, la injusticia. Entre malvados, cuando se juntan, hay un complot y no una sociedad. No se aman, se temen. No son amigos, sino cómplices. Y aun si así no fuese, sería difícil encontrar en un tirano un afecto seguro porque, al estar por encima de todos y no teniendo pares, se encuentra más allá de los límites de la amistad. Esta florece en la igualdad cuya marcha es siempre igual y no puede cojear. He ahí porqué hay, como se dice, una especie de buena fe entre los ladrones cuando se distribuyen el botín: porque entonces son todos pares y compañeros. Si no se aman, al menos se temen. No quieren minorar su fuerza desuniéndose. Pero los favoritos del tirano nunca pueden contar con él porque ellos mismos le enseñaron que todo lo puede, que ningún deber lo obliga, que está habituado a no tener por razón sino su voluntad, que no tiene igual y que es el amo de todos. ¿No es deplorable que, a pesar de tantos brillantes ejemplos, sabiendo el peligro tan presente, nadie quiera sacar las lecciones de las miserias del prójimo y que tantas gentes se aproximen de tan

---

<sup>86</sup> El emperador Cómodo reinó como un verdadero tirano de 180 a 192 n.e. Cómodo fue asesinado por orden de una de sus mejores amigas, después de que esta descubriese su propio nombre en una lista de condenados a muerte.

<sup>87</sup> También conocido como Antonino. Este emperador de triste memoria hizo degollar a su propio hermano para tomar su lugar a la cabeza de Roma. Luego hizo reinar el terror de 211 a 217 n.e. por medio de una justicia expeditiva acompañada de numerosas atrocidades (vestales enterradas vivas, pueblo masacrado durante los juegos del circo, senadores y ciudadanos suplicados...). Caracalla fue asesinado por un oscuro soldado al que Macrin, el prefecto del pretorio, le había pagado por ese asesinato (8 abril 217).

buen grado a los tiranos? Que no haya uno que tenga la prudencia y el coraje de decirles, como el zorro de la fábula al león que se hacía el enfermo<sup>88</sup>: “Iría encantado a visitarte en tu cubil; pero veo muchas huellas de animales que entran; de animales que salen, no veo ninguna”.

Estos miserables ven relucir los tesoros del tirano; admiran, sorprendidos, el brillo de su magnificencia; atraídos por este centelleo se aproximan sin darse cuenta de que se arrojan en una llama que no puede sino devorarlos. Como el sátiro imprudente de la fábula<sup>89</sup>, al ver brillar el fuego sustraído por Prometeo, lo encontró tan bello que fue a besarlo y se quemó. Como la mariposa que esperando gozar de algún placer se arroja al fuego porque lo ve brillar, siente demasiado pronto, como dice el poeta toscano<sup>90</sup>, que también tiene el poder de quemar. Pero supongamos aunque estos favoritos escapen de las garras de aquel que sirven: no se salvarán jamás de las del rey que le sucede. Si es bueno, tendrán que rendir cuentas y someterse a la razón; si es malo como su antiguo amo, no le faltarán a este sus propios favoritos que, por lo común, no contentos con tomar su lugar les arrancarán sus bienes y su vida.

¿Puede ser pues que haya alguien que, frente a tal peligro y con tan pocas garantías, quiera tomar una posición tan desgraciada y servir con tantos sufrimientos un amo tan peligroso?

---

<sup>88</sup> La fábula, contada primero por Esopo (*El viejo león y el zorro*), fue retomada por La Fontaine bajo el título *El león enfermo y el zorro* (*Fábulas*, VI, 14). Un león enfermo llama a su lecho de enfermo a todas las especies animales, pero el zorro, que monta guardia delante del antro del león, termina por notar que las huellas van en un solo sentido y no salen del cubil...

<sup>89</sup> Cuento que puede leerse en Plutarco, *De la utilidad que se puede obtener de sus enemigos*, y que hace parte de las *Moralia*, traducidas por la primera vez por Jacques Amyot en 1572.

<sup>90</sup> El poeta toscano al que se hace alusión aquí es Petrarca (1304-1374) quien en su *Canzoniere* se compara a la mariposa agonizante, como él, por haberse acercado demasiado de aquella que resplandece. En el Renacimiento, Petrarca es un autor muy apreciado, es particular por los poetas de la Pléiade.

¡Qué pena, qué martirio, gran Dios! Ocuparse día y noche en complacer a un hombre y desconfiar de él más que de nadie en el mundo. Tener siempre el ojo al acecho, el oído a la escucha, para espiar de donde vendrá el golpe, para descubrir los obstáculos, para adivinar el ánimo de sus competidores, para adivinar el traidor. Sonreírle a cada uno y desconfiar de todos, no tener ni enemigo declarado ni amigo seguro, mostrar siempre un rostro sonriente cuando el corazón hiela; ino poder estar alegre, ni osar estar triste!

Es verdaderamente placentero considerar lo que les toca de este gran tormento, y ver el bien que pueden esperar de su pena y de su miserable vida: ino es al tirano al que el pueblo acusa del mal que sufre, sino aquellos que lo gobiernan!

Ellos, los pueblos, las naciones, todos, hasta los campesinos y los labriegos, conocen sus nombres, llevan la cuenta de sus vicios; les imputan mil ultrajes, mil insultos, mil injurias. Todas las plegarias, todas las maldiciones están dirigidas contra ellos. Todas las desgracias, todas las pestes, todas las hambrunas les son atribuidas; y si en ocasiones se finge rendirles homenaje, al mismo tiempo se les maldice desde el fondo del corazón y se les tiene más horror que a las bestias salvajes. He ahí la gloria, he ahí el honor que recogen de sus servicios a gentes que<sup>91</sup>, si pudiesen disponer de un trozo de sus cuerpos<sup>92</sup> aún no se estimarían satisfechos, ni siquiera medio consolados de su sufrimiento.

Incluso después de sus muertes, quienes les sobreviven no paran hasta que el nombre de estos devora pueblos<sup>93</sup> no haya sido condenado por la tinta de mil plumas y su reputación destruida en mil libros. Hasta sus huesos son, por decirlo de este modo,

---

<sup>91</sup> Se trata de las gentes del pueblo.

<sup>92</sup> La frase deja entender que se hubiese descuartizado a los opresores.

<sup>93</sup> Copia de un término homérico que se encuentra en la *Iliada*, I, 231, retomado por Erasmo y del cual Ronsard sacará su “devora-súbditos”.

arrastrados en el lodo por la posteridad, como para castigarles después de su muerte por su malvada vida.

Aprendamos pues; aprendamos a no errar. Levantemos los ojos al cielo por nuestro honor o por amor a la virtud, o aún mejor, por los de Dios todopoderoso, fiel testigo de nuestros actos y juez de nuestras faltas. En cuanto a mí, yo pienso -y no creo equivocarme, puesto que nada es más contrario a un Dios bueno y liberal que la tiranía- que él les reserva, expresamente, allá<sup>94</sup>, algún castigo particular.

---

<sup>94</sup> Allá: el lugar que Dios le reserva a los tiranos después de su muerte.

# Resistir en una época oscura

Entrevista a Miguel Benasayag

Realizada por Dominique Bellec

Edición “[Le passager clandestin](#)”

Junio de 2010

**¿Podrías comenzar restituyéndonos el “Discurso de la servidumbre voluntaria” en su tiempo, hablarnos del autor y del contexto histórico en el que vivió?**

El contexto es muy importante desde luego, porque hace de La Boétie un cordero de cinco patas, un ser realmente muy extraño en su tiempo. Hay que situarlo a principios del siglo XVI, en pleno auge del Humanismo (Thomas More, Érasme de Rotterdam, Machiavelli). A principios de los años 1500, el paso de Dios al hombre, para hablar como [Foucault](#), es un paso de la sociedad en la que el sujeto de la Historia, el sujeto que actúa es Dios y donde el hombre no es sino un sujeto entre otros; cierto, él es central, privilegiado, pero no es el sujeto. Y ahí, en 1500, triunfa un trabajo histórico, cultural y económico muy profundo y complejo que había comenzado, *grosso modo*, en el año 1000, con Abelardo, el nominalista, con Petrarca, y también todo el movimiento revolucionario cátaro, las herejías...

Entonces, en los años 1500, después de la conquista de América, es el momento de transición: el hombre deviene sujeto, es la emergencia del hombre como sujeto de la Historie. Para [Kepler](#) – que casi fue quemado vivo por sus palabras –, la única diferencia entre Dios y los hombres, es que Dios conoce todos los teoremas desde la eternidad, mientras el hombre no los conoce todos aun. No aún, es decir que llegaría a conocerlos, que el hombre devendría Dios.

Y he ahí que un joven de dieciocho años acaba de afirmar que en realidad los hombres aman y se adhieren a sus cadenas como si se tratase de su libertad: existe una forma de servidumbre que es voluntaria. ¡Valiente opinión! Son las Luces negras. Algunos pensadores algo disidentes, como [Spinoza](#) o [Leibniz](#), retomarán esta idea más tarde.

### ***¿Puedes desarrollar esta noción de Luces negras?***

Una idea fantástica y terrible está emergiendo, la idea que el hombre, ya no en tanto especie sino en tanto proyecto, en tanto concepto construido, será el sujeto de la Historia, realizará el paraíso en la Tierra. En medio de todo eso, La Boétie es el primero, pienso yo, a poner un bemol al decir que el hombre no desea necesariamente la libertad y que puede incluso desear la servidumbre. Por otra parte él no utiliza la palabra “desear” en el sentido en que la empleamos nosotros, modernos, o postmodernos, que implica una noción de inconciencia. Se hubiese podido decir que La Boétie hablaba de un deseo inconsciente de sumisión, pero no, primero que nada porque el inconsciente no es su problema, y luego porque él evoca claramente algo voluntario.

Es un poco “luz y sombra”: estamos en las premisas de las Luces, que ya están allí como proyecto, aunque no aparecerán sino mucho más tarde –la idea es que conoceremos todo, que dominaremos todo, y que la conciencia es potencialmente todopoderosa–, y ahí, surge La Boétie y proyecta, antes que nadie, una sombra sobre el proyecto humanista.

Hoy, cinco siglos más tarde, vuelve a surgir esta idea. En su época, su palabra iba a contracorriente de todo lo que pensaban sus contemporáneos, para quienes el hombre iba a liberarse de toda negatividad, para quienes el hombre no podía en ningún caso desear la peor de las negatividades, a saber, la servidumbre. Cinco siglos más tarde, las palabras de este jovencito nos revienen como una terrible profecía. Allí estamos aun: esta negatividad no ha desaparecido; comprendimos incluso que no puede desaparecer, que lo que hombres y mujeres detestan quizás más que nada, es la libertad. Quieren vivir mejor, ser más respetados, mejorar sus condiciones de vida, pero contrariamente a lo que creyeron los movimientos revolucionarios, los

movimientos libertarios, los herederos del humanismo, no desean la libertad, que es algo completamente diferente.

***El texto de La Boétie describe los mecanismos de la voluntad, de la necesidad o incluso del deseo de servidumbre. Al mismo tiempo, muy curiosamente, este texto se hace conocer rápidamente bajo el título ‘Contra uno’ (Contr’un) – como señala Montaigne en los Ensayos. Contra uno, es decir contra el tirano, lo que induce una cierta lectura del texto; esto parece sugerir que el texto contiene preceptos y recetas de resistencia al poder establecido. ¿Qué piensas tú?***

Pienso que es una lectura limitada por la época, por el optimismo de la época. Cuando se leen hoy en día los argumentos que desarrolla La Boétie, se comprende que sus argumentos son estructurales y no funcionales, que no basta arreglar esto o lo otro para que los hombres deseen la libertad. Cuando describe los mecanismos de sumisión, que se esfuerza en explicar porqué los hombres desean ser sometidos, porqué la sumisión tiende a difundirse, anuncia dos o tres veces que va a exponer los mecanismos de la voluntad de estar sometido. Desafortunadamente, lo que dice nunca es totalmente claro. En esa época ese mecanismo parecía reversible, tal vez incluso para el mismo La Boétie.

La diferencia, hoy día, es que nosotros – los libertarios, los contestatarios, los radicales, los alternativos, toda la múltiple nebulosa conflictual de aquellos que no se sienten conformes con la realidad actual y que lucha por la justicia -, ya no podemos pensar que solo es un percance; debemos partir de la base y constatar que, efectivamente, hay mecanismos estructurales que hacen que en todos los casos una gran parte de los seres humanos no desea jamás la libertad. Para luchar, para cambiar la sociedad, se requiere en un momento dado usar algo que se parece a lo que llaman libertad. Pero no es lo mismo decir que el horizonte de la humanidad es la libertad y decir que, de tiempo en tiempo, cuando las condiciones de vida, las relaciones de producción, la tiranía ejercida por el Estado son intolerables, se debe utilizar algo que se parece a la libertad.

Como “veterano” revolucionario de diferentes países no pude evitar constatar la diferencia que existe entre gentes que, legítimamente, quieren cambiar sus horribles condiciones de vida, y aquellos que están en un deseo de libertad como un fin en sí mismo, como aventura. Es una diferencia que no es teórica sino práctica y es importante tomarla en cuenta.

*La Boétie dice no obstante que la servidumbre es voluntaria pero que ella es también el fundamento del poder del monarca, que bastaría con no obedecerle más para que su poder se hunda integralmente. Por otra parte, el texto suministra otros elementos, establece una suerte de catálogo de argucias a las cuales recurre el poder para mantener su dominación sobre el pueblo. Habla, por ejemplo, de las formas de subyugación del pueblo por medio de la diversión, el espectáculo, los juegos; evoca también el caso del Gran Turco que prohíbe la lectura en su reino con el fin de mantener su pueblo en un estado de ignorancia.*

Sí, dice tres veces que la sumisión voluntaria se explica por la “costumbre”, el hábito. En efecto, por naturaleza, el hombre desea ser restringido (reprimido), pero también desea lo que le hace desear la costumbre. Pero, lo que decimos nosotros es que todo orden social está hecho de costumbres. Lo que tu cambias son esas costumbres. Por ejemplo, cuando estás en un orden patriarcal de dominación de la mujer, es una costumbre que difiere a cuando estás en una sociedad que preconiza la igualdad de derechos, donde las relaciones hombre-mujer son más igualitarias, menos indignas para el hombre y más libres para la mujer. Ahora bien, nada nos permite decir que una sociedad más justa es más libre.

*Es por lo demás un caso que La Boétie prevé en su ensayo, cuando dice que el discurso de la dominación se abriga a menudo tras un discurso del bien común y de la libertad (“Pero no lo hacen mejor los de ahora que, antes de cometer sus crímenes más graves, los hacen preceder por algunos lindos discursos sobre el bien público y el consuelo de los desdichados.”) Hay esta conciencia un poco maquiavélica que el discurso político puede servir a disimular el ejercicio de la dominación y el mantenimiento de la servidumbre.*

Sí, él lo piensa porque está en los años 1500 y que la idea humanista de una sociedad de libertad total, sin restricciones, era aun factible. Es el fundamento de la [Utopía](#) de [Thomas More](#). El tiempo de la realización y de la emancipación total parece aun poder advenir.

Cinco siglos más tarde, si se dialoga con el camarada La Boétie, ya nada permite pensar que pueda existir una sociedad sin restricciones – aun si nada impide que haya sociedades más justas. Lo que decimos cinco siglos más tarde, nosotros, los camaradas de La Boétie, que encarnamos el mismo deseo de libertad, es que ya no creemos que puedan existir sociedades finales sin restricciones.

***En ‘De la servidumbre voluntaria’, La Boétie distingue el buen tirano, del malo. Cierto, él no propone la definición de un sistema social en que todas las restricciones estuviesen abolidas, sino lo que le hace saltar es que los sujetos no le desobedecen a los sistemas en que la injusticia es patente.***

Perfectamente, no se puede hacerle decir más de lo que él dice. El gran descubrimiento de La Boétie es una falla en el proyecto humanista más global. Por haber vivido la mitad de mi vida bajo una dictadura, pude constatar que La Boétie tenía razón: ningún tirano tiene el poder por el poder de las bayonetas. Es conmovedor ver que ese jovencito del siglo XVI había comprendido una cosa que tuvimos que constatar en el dolor. Esa constatación dolorosa es que, si [Pinochet](#) duró todo el tiempo que duró, si [Videla](#), si [Franco](#) duraron todo ese tiempo, no fue por la fuerza de las bayonetas. Ahora bien, el proyecto humanista rehúsa esa idea; tiende por el contrario a buscar bayonetas, se esfuerza por identificar las fuerzas exteriores al hombre que lo mantienen en servidumbre. Las palabras de La Boétie son pues una herejía con relación al humanismo de su tiempo. Él dice que hay fuerzas interiores, endógenas al hombre que justifican su sumisión.

Cuando [Deleuze](#) escribe que el tirano necesita de hombres tristes para mantener su tiranía pero que los hombres tristes necesitan al tirano para

justificar su tristeza, comprendemos lo que dice. Somos sensibles porque, entre tanto hubo los trabajos de [Michel Foucault](#), por ejemplo, con esta idea que hay una existencia reticular del poder, que estamos atravesados por el poder, que no hay hombres y mujeres “puros” – así no le guste a ciertos camaradas dogmáticos. Pero en la época de La Boétie, es una herejía decir que hay causas endógenas a la sumisión. Incluso hoy, la mayor parte de mis colegas psicoanalistas, cuando constatan que hay elementos de sumisión voluntaria, se transforma en colaborador del sistema ignorándolos. Todo ocurre como si, para poder ser contestatario, hubiese que ignorar ese dato: la mayoría de los militantes lo niegan o lo rechazan. Todos, en la izquierda contestataria, anarquista o revolucionaria, adora a Foucault, pero la lectura que hacen oculta esta idea que nadie en particular posee el poder, que el poder es un sistema en el que participa tanto el esclavo como el amo.

***Eso lleva a la cuestión de la obediencia y de la desobediencia. Para ti, la obediencia es algo impensado y necesario a la supervivencia en una sociedad dada; se interiorizan las reglas del poder y se las obedece sin darse cuenta. ¿Qué puede significar desobedecer y cómo se desobedece en esas condiciones?***

Para comprender la cosa hoy en día, no hay que pensar el humano como una entidad individual. Por lo demás, en tanto psicólogo, creo que hay que descartar toda lectura “individual”. En mi opinión, nadie es libre individualmente. Toma ese conjunto que llaman “Miguel”. Ese conjunto, que me parece, a mí, bien real, es sin embargo un poco una construcción teórica de la cual solo algunas partes dispersas participan en los procesos de liberación. Por ejemplo cuando yo desarrollo proyectos en América Latina o en Francia con tales o cuales actores sociales, cuando participo en la investigación en biología con las partes de otros conjuntos llamados Pierre o Marie. Pero hay también otras partes del conjunto “Miguel” que participan en procesos absolutamente reaccionarios en actividades gregarias o alienadas, o, simplemente, en automatismos: yo no pienso que tomo el Metro cada vez que tomo el Metro, o que me cepillo los dientes cuando me cepillo los dientes. Cuando miro una muchacha en la calle, no pienso en el Segundo sexo. Participamos en cosas más o menos automáticas o más o menos liberticidas. Cuando, en una población, los hombres y las mujeres no

liberan suficiente energía para participar en procesos críticos de resistencia y de creación, esta comunidad está en peligro. Es una cuestión de cantidad. Pero en revancha, si en una comunidad no hay suficientes hombres y mujeres que liberan energía para hacer, por ejemplo, investigación médica, o para reflexionar o llevar adelante una acción revolucionaria, etc., esta comunidad está en peligro. Para mí, los cambios sociales están ligados a una multiplicidad ordenada en la que un conjunto humano libera bastante energía para hacerse cargo de ciertas cosas. El problema de nuestra sociedad es que no hay bastantes hombres y mujeres ejemplares, que, en el conjunto, no hay bastante energía liberada para la búsqueda de un cambio radical.

***Y eso... ¿de qué depende? ¿Cómo explicas esos contextos de baja de energía y qué es lo que al contrario podría suscitar el flujo de energía suficiente?***

La investigación teórica y práctica de la emancipación es una investigación muy seria y llena de trampas; buscando la libertad uno puede muy bien encontrarse en circuitos que la condenan. Pero, sobre todo, lo que impide hoy día liberar suficiente energía en vistas de la transformación social, es justamente la tendencia a subestimar la sumisión voluntaria a la tiranía. Es por eso que este texto me parece tan importante. Hay enormes dificultades para encontrar figuras de sustitución a la figura clásica del hombre que aspira a la libertad y que solo tiene que romper sus cadenas para ser libre. Tenemos muchas dificultades para articular la posibilidad del militanismo con la tendencia humana a aceptar e incluso a conformarse con el horror. Se piensa que los hombres y las mujeres están prontos a luchar cuando les escuchamos quejarse de su suerte, pero confundimos la queja con el deseo de libertad. Si la queja fuese revolucionaria, ¡estaríamos en una suerte de revolución astronómica! No es porque te quejas de tu situación que desees otra cosa, muy por el contrario incluso.

La queja es un circuito cerrado. Nos quejamos, practicamos la escalada en la descripción del horror, y nos encontramos enredados en lógicas completamente aberrantes, con gentes que pretenden ser puras en su relación a la sociedad. La cuestión de la liberación no es, en estas condiciones, sino una cuestión narcisista: se trata de determinar quien es

“sucio” y quien es “limpio”. Ahora bien, evidentemente, eso no nos ayuda en nada a resolver el problema de la injusticia. Aquí encontramos de nuevo la cuestión de la complejidad del hombre.

Por ejemplo, nosotros, en los laboratorios sociales, en las experiencias que llevamos adelante aquí, en Argentina o en Brasil, nos dimos cuenta de que, para que las gentes lancen proyectos realmente serios de emancipación, teníamos que tranquilizarles, prácticamente decirles: “Adelante compadres, no se inquieten, no somos completamente libres...” La libertad, es una frontera más allá de la cual juegas tú, con todas tus incertidumbres; es una apuesta, un actuar al borde del precipicio de las certidumbres, y aunque haya guías, referentes, es un umbral difícil de franquear.

Hay que saber hombres y mujeres pueden aceptar morir sin ningún problema en un marco de certidumbre, mientras que afrontar la incertidumbre es frecuentemente muy, muy doloroso. Pienso que es uno de los problemas actuales: debemos construir nuevos marcos, nuevos dispositivos que permitan a más y más gentes aceptar la apuesta.

***Pero simultáneamente, se lucha porque, en la misma lucha, está el ejercicio de la libertad.***

Sí, para mí, si quieres, lo que llamamos la libertad es algo que solo existe periódicamente, de modo efímero y en contextos particulares. No soy libre, no soy un sujeto, ni siquiera soy un aspirante, no actúo cien por ciento por la libertad.

La libertad existe solo en ciertos momentos de tu vida, en ciertas actividades en las que entraste en un “devenir de liberación”, como diría Deleuze. No pienso que la opresión sea el motor de la liberación ; lo que mueve a los hombres, incluso los más oprimidos, es la emergencia de un deseo, de una esperanza de mejoría. Si no hay ese *plus*, las gentes no salen a luchar. Es por ese motivo que las diferentes épocas ofrecen o no ofrecen prácticas de liberación.

Pero lo que más me interesa en La Boétie, es esta idea que los hombres y las mujeres – la humanidad – no funcionan sobre un modo racional : “Yo sé que el tirano me daña, por lo tanto me opongo al tirano”, “Yo sé que fumar da cáncer, por lo cual no fumo”, “Comprendí que el neoliberalismo es malo, por eso lucho contra el neoliberalismo”. Esa linealidad no existe. Sabemos hoy que lo que toca al poder, sigue siendo Shakespeare – el ruido, el furor, los crímenes, la razón de Estado -, que hay poderes más o menos podridos, pero que no hay un poder “limpio”. En estas condiciones, los mecanismos de la opresión y de la sumisión – incluyendo la voluntaria – son permanentes del mismo modo que los mecanismos de liberación y de resistencia.

La asimetría entre los dos se debe a que la obediencia se funda en la auto-eliminación – es decir que, en la obediencia yo no existo; en la obediencia, un ser humano se comporta como procesos múltiples ordenados en la disciplina. En la resistencia y en la desobediencia hay un movimiento, un movimiento alegre o doloroso, pero un movimiento que consiste, por el contrario, en hacer existir algo. En la desobediencia hay algo que emerge, comenzando por uno mismo en tanto actor de una época, miembro de un colectivo, de una acción. Hay un despertar a sí mismo, pero bajo la forma de una toma de conciencia de que no somos individuales, que estamos tejidos por los procesos de nuestra época, de los procesos socio-históricos. Es un despertar a sí mismo como nudo de lo universal; cesas de pensar que tu vida es “papá-mamá-mi-cartera”, porque el despertar a sí mismo es un despertar al prójimo. Descubres que nunca eres más singular que cuando te dejas atravesar por la época. Renuncias a ese pequeño yo insignificante, a afrontar la pequeña muerte para no tener la grande. Y ese despertar a sí mismo – hay que verlo como algo banal, sin heroísmo – pone en peligro tu pequeño yo, tu supervivencia: no naciste para guardar el coche (auto) en el garaje y biberonarlo, naciste para partir por la ruta con tu coche...

En ese sentido, la desobediencia y resistencia son siempre asimétricas con relación a ese estado de “piloto automático” que tiene más de la complejidad orgánica de los humanos que de la sumisión. Estamos todos atrapados en los circuitos automáticos que, leídos políticamente o socialmente, son circuitos de obediencia. Vivimos como dormidos, como

diría Heráclito. Pero el ser humano en su complejidad no está hecho solo de circuitos automáticos; hay también aspiraciones a despertar. La mayoría de la gente las ignora. Las aspiraciones al cambio existen, pero se traducen por comportamientos infantiles, como la compra de un nuevo cacharro, etc. Y el mecanismo de sumisión voluntaria es mantenido por la facultad que tiene la sociedad de recapturar esos “excesos de deseo”, como a través de esta mierda de Copa del Mundo, para tomar un ejemplo de actualidad. Los excesos de deseo son pues fácilmente capturados: en el comunotarismo, en la búsqueda identitaria, en el deporte-espectáculo, en una fantástica historia de amor con tu secretaria, vivida a menudo como un extraordinario momento de liberación – el cine francés solo habla de eso: “¡Contigo oso comer un helado de chocolate a las cinco de la tarde!” Todas esas boludeces son micro-mecanismos para re-atrapar los excesos de deseo. Felizmente, una parte de la gente permanece relativamente impermeable a esos mecanismos, y se debe a las buenas experiencias que han vivido con otra gente, con libros..., y que han vivido no como más agradables, sino como más alegres.

*Es un poco la cuestión de la philia, de la amistad de la que habla el helenista y resistente **Jean-Pierre Vernant**. Si la inscripción en el juego social reposa menos en los “roles” endosados en las instituciones que en las relaciones afectivas e interpersonales fuertes, es mucho más fácil desprenderse de todo ese marco institucional. En la acción colectiva, uno se define más bien por su pertenencia al grupo de sus pares que por los puestos que ocupa en la jerarquía.*

Exactamente. Las experiencias que tienden a atenuar el placer de la sumisión – que Freud identifica a la pulsión de muerte -, que abren la vía a una tangente deseosa de libertad, de amor, de búsqueda, de pensar, etc., esas experiencias devuelven a encuentros, no únicamente intersubjetivos, sino también con la Historia, con un libro, con un lugar, un paisaje. Recuerdo que, pequeño, veía Indias bolivianas que vendían, sentadas en el suelo, limones y ajo, y eso me horrorizaba; y cuando mi madre me decía – era un poco crudo, pero bueno... – que el día de la revuelta, los Blancos serían aplastados, ella me curaba de esos horrores transmitiéndome deseo. Ella me hablaba de la belleza del día en que esas Indias ya no serían humilladas, de

la belleza de la revuelta de los [Mau Mau en Kenia](#). Y te juro que la primera vez que entré en una comisaría con una metralleta en la mano, ¡qué alegría! Todas esas Indias, todos los Mau Mau de mi madre estaban conmigo.

***¿En tu opinión hay medios que poner en obra para suscitar ese deseo positivo, ese deseo de libertad, habiendo hecho la constatación que existe también un deseo de sumisión y de servidumbre? ¿Cómo se libera esa energía de la que hablas, esa energía necesaria para un cambio radical?***

Hay tres deseos a distinguir. El primero, es el deseo de libertad. La libertad como deseo, como motor del deseo, como ambición, que es necesario definir. ¿Qué podría ser la libertad como deseo? Eso parece evidente, ahora bien, es muy complicado. El segundo es muy simple: el deseo de cambio de estatuto. Por ejemplo, los Negros son oprimidos/ya no son oprimidos. Los homos son oprimidos/ya no son oprimidos. Pero este segundo deseo es confundido frecuentemente con el primero: estuve en el inicio de los colectivos de los indocumentados, y desde hace años, muchos compañeros y compañeras que militan allí tienen la impresión de ser traicionados por aquellos a los que les obtienen la regularización. Se dicen “mierda, el señor Abdou, apenas obtuvo sus papeles abandonó el movimiento”, y de repente tienen la impresión de haber sido tomados por asistentes sociales. Ahora bien, el tipo, lo que quería era cambiar de estatuto porque su estatuto era indigno, no necesariamente cambiar la sociedad. Aquí hay dos deseos diferentes que se cruzan. El deseo del militante que trabaja con los indocumentados y el deseo de la persona indocumentada, que está en la mierda, esclavo. Esos dos deseos no son los mismos. No obstante, pasamos el tiempo a confundir uno con otro, y nos exponemos a una decepción.

Recuerdo una escena de la época de la guerrilla: estábamos de guardia; toda una población obrera había sido ocupada y las diferentes organizaciones de guerrilla y de la población montaban guardia, para prevenir los ataques que eran habituales. Yo hacía guardia pues, con esa muchacha, Lacille, que no había visto sus hijos desde yo no sabía cuanto tiempo; casi no comíamos, estábamos en la mierda, y de repente, escuchamos que abajo, en el curso de una asamblea, hablan de vacaciones, ¿te imaginas?

Nosotros estallamos en carcajadas, estábamos ahí, Lacille y yo, arriesgábamos la muerte, o bien –es lo que ocurrió– ser atrapados, torturados a muerte y enviados a prisión. Había allí un cruce que, en el momento me hizo reír pero que, después, en mi vida, me hizo reflexionar y sobre el cual trabajé. Esa gente –y era legítimo– querían una vida más digna, diferente, mientras que nosotros, en la terraza, armados hasta los dientes, no teníamos ni el deseo. Había un cruce de deseos.

En fin, el tercer deseo, que es también perfectamente claro, es el deseo de sumisión. Cuando se dice así, parece feo, pero uno lo comprende mejor si piensa a ese oso encerrado en una jaula. Una jaula impecable, pero jaula al fin y al cabo. Después de un cierto tiempo le abres la puerta, pero te das cuenta que de que el oso no sale. Sin querer rebajar la “dignidad humana” con esta comparación animal, es necesario comprender que la frontera entre libertad y servidumbre no es nunca tan clara. Los circuitos cerebrales del oso no distinguen “oso” y “medio ambiente”. En la anécdota que precede, el oso es pues “oso” y “jaula”, y salir de la jaula significa de algún modo, para él, cambiar de identidad y salir de él mismo. Es por eso que los teléfonos celulares (móviles) y todas esas mierdas tienen tanto éxito, porque, justamente, te prometen que permanecerás siempre en el mismo circuito.

Si digo todo esto es para hacer comprender a qué nos devuelve hoy lo que La Boétie, a dieciocho años y en pleno humanismo, llama la servidumbre voluntaria. La expresión es fea y designa algo indigno, pero en realidad funciona así.

Hay un narcisismo muy fuerte en el hecho de creer en la unidad de sí mismo, de creer que en tanto sí mismo se podría ser libre, habida cuenta que no se es libre en tanto unidad. Por el contrario, mientras más te identificas a tu yo, tu rol social, más te ves atrapado en los circuitos automáticos. La verdad es que, como el oso de más arriba, salir de los circuitos automáticos, lejos de ser una buena nueva es un desgarro.

La cuestión es: ¿qué hacemos una vez que constatamos esto? La primera cosa es comprender que el objetivo no consiste en absoluto en hacer que

todo el mundo conozca una suerte de total libertad abstracta – que no existe. Aunque yo siga una de las corrientes de la psiquiatría alternativa, admito no obstante algo muy fuerte, que nadie se equivoca en su vida. No se debe educar a la gente. La otra no es alguien que se equivoca y que tu debes educar, curar, levantar. El hecho que esté inscrito en los circuitos automáticos –que a veces están ligados a la toxicomanía, por ejemplo– basta para explicarlo, y por tanto, no tenemos el derecho de lobotomizarlo, de aplastarlo, en nombre del bien. El psicoanálisis, a pesar de la noción un poco idiota de pulsión de muerte, comprende eso, comprende que hay circuitos automáticos que no tienden necesariamente hacia lo que llamamos el bien.

¿Qué es el deseo de libertad? Es una suerte de exceso que de manera recurrente se apodera o bien de los individuos, o bien de grupos humanos. Este exceso pulsional, este exceso de deseo, puede manifestarse individualmente, colectivamente, o bien a través de generaciones. Eso significa que, de repente, gentes atrapadas en situaciones concretas experimentarán ese exceso. Se sentirán, por ejemplo, convocados, llamados, en música o en pintura. Y esta pulsión, o bien la ahogan, o bien la traducen en comportamientos utilitaristas aceptables por el mercado, o bien la rodean, o bien la asumen.

Si deciden asumirlo, su yo está un poco en la mierda, porque eso quiere decir que una buena parte de su energía será absorbida por este llamado, al punto de poner a veces su vida en peligro.

Pero este llamado corresponde a una afinidad electiva total, que no viene solo de la persona que lo experimenta, sino de la situación, de la historia, en la cual está involucrada esa persona. De manera que alguien que está atravesado por la pintura no podrá decir “la pintura es así”; deberá ir hasta la frontera de la pintura, deberá cuestionar la cosa, crear, bien o mal, poco o mucho. Su vida estará marcada por esta cualidad o esta afinidad electiva.

***Y eso vale para la inclinación a la crítica de las normas sociales tanto como para la pintura...***

Eso. Tomas consciencia de sus Indios que están ahí, que venden limones, de la indignidad total de la nación india – los descendientes del imperio inca, nada menos; cinco siglos de opresión -, y de repente, tú, por x razones, eso te marca, mientras que su hermana o tu hermano pasaron por el mismo lugar y no notaron nada. La cuestión social, como pasión, y no como deseo de cambio de estatuto, es algo que atrapa a los pobres boludos, como la pasión por la pintura, por la investigación científica, o por la escritura.

Tu sabes, por ejemplo, que 90 % de los investigadores no buscan nada, están bien instalados en el meollo de la norma y no cuestionan jamás la legitimidad de lo que es legal. Este cuestionamiento de lo “legal” – legal, ergo dominante en el arte, en la investigación, legal históricamente – es a menudo legítimo desde todo punto de vista. Y de repente algunas personas van a tener esta pasión de la búsqueda de los límites.

Pienso que somos modas, formes de una época, y que hay épocas oscuras en las cuales hay muy poca potencia, en las cuales es muy difícil cuestionar la legalidad en nombre de la libertad. La época actual, por ejemplo, es totalmente oscura. Pero hay igualmente épocas más luminosas en las cuales eso va de sí. La luminosidad o la oscuridad de una época depende de factores muy concretos. En los años 1970, estábamos en el mundo de la promesa, luchar, podíamos decirnos: “Algunos de nosotros morirán, pero el mundo de mañana será un paraíso.” Eso favorece las prácticas del compromiso aunque no seamos muy poderosos. En las épocas oscuras, la masa se retira.

Hay que saber que, cuando se habla de desobediencia, se piensa a menudo en la desobediencia de [Antígona](#). Pero, en su desobediencia, Antígona tiene la certeza de obedecer la ley de Dios que es una ley ontológica, una ley superior – y de tener una responsabilidad hacia esa ley. En las épocas oscuras, esta certeza se resquebraja, y poca gente tiene la capacidad de desobedecer a la ley de la *city* cuando ninguna otra ley se impone para sustituirla. Un organismo social funciona como un organismo individual, despliega esfuerzos terribles para negar que las puertas de la jaula están abiertas. Los ideólogos, los nuevos filósofos, los reaccionarios, los postmodernos, toda esa gente gasta enormemente de energía para convencernos de quedarnos en la jaula. Ellos contribuyen al esfuerzo que

produce la sociedad para permanecer en el circuito familiar, porque no hay, por otra parte, bastante certeza, o alternativa claramente definida. Imagina un médico que dijese: “Como no encontré vacunas, me paso al lado de la enfermedad”.

Lo que es cierto, es que en una época como la nuestra, hace falta más coraje y más esfuerzos para resistir que en una época luminosa. Pero para mí que he vivido las dos, la época oscura es mucho más interesante. La época luminosa es una época en la cual no puedes evitar ser boludo, porque todo parece tan simple. Un organismo social, en su historia, necesita de las dos, requiere épocas oscuras porque ellas no son pura negatividad; son épocas de elaboración profunda. Después, cuando viene la época luminosa, se sabe lo que ocurre: es septiembre 1944, todos están contentos, todos resistieron, y nosotros somos olvidados. Pero da igual. Nuestra labor reside en cómo resistimos en una época oscura.

***¿Cómo hacer para que, a pesar de todo, salga algo, para que la “luz” no signifique también “encandilamiento”?***

Eso sale siempre. La luz tiene un lado eneguedor, pero ella es también el tiempo del cambio social. No es lo mismo que las mujeres vivan sometidas a aves de gallinero y que devengan sujeto histórico, que un homosexual tenga que ocultarse o que pueda vivir su vida normalmente... No es lo mismo en ningún caso. Pero la tarea de las gentes que trabajan y que son mordidos por esta cuestión de la liberación es más interesante en las épocas oscuras, hay que parar de lloriquear. En cada época nuestra tarea es saber por dónde pasa la libertad.

## The Glocal Workshop/El Taller Glocal

*Una iniciativa común de...*

[Ediciones workshop19](#), Túnez

[Tlaxcala](#), la red internacional de traductores por la diversidad lingüística

[La Pluma](#), sitio web franco-colombiano no alineado

[Politika](#), Periódico en línea, Chile

[Promosaik](#), Dialogo entre culturas y religiones

*...y de muchos individuos asociados*

*¿Tienes un manuscrito que proponer?*

[wglocal@gmail.com](mailto:wglocal@gmail.com)



A Étienne de La Boétie (1530-1563) lo conocí gracias a Brassens y su canción *Les copains d'abord*. La versión española del *Discurso de la servidumbre voluntaria* a la que tuve acceso me pareció llena de errores y anacronismos. El poderoso texto no puede ser ignorado por los hispanohablantes, me dije, y me lancé en una nueva traducción a partir de diferentes fuentes, lo más cercano posible a la forma original del francés del siglo XVI. El resultado de ese trabajo es el que ofrecemos a los lectores del Taller Glocal en esta edición. El joven prodigio, Étienne de La Boétie, tenía apenas 17 años cuando escribió esta obra maestra, que no ha perdido un ápice de su actualidad.

Luis Casado

*Kurrante multifacético franco-chileno*

*Precios*

*Ebook gratuito*

*Impreso a pedido 7,63 €*

ISBN 978-9938-862-20-1



<https://glocalworkshop.com>